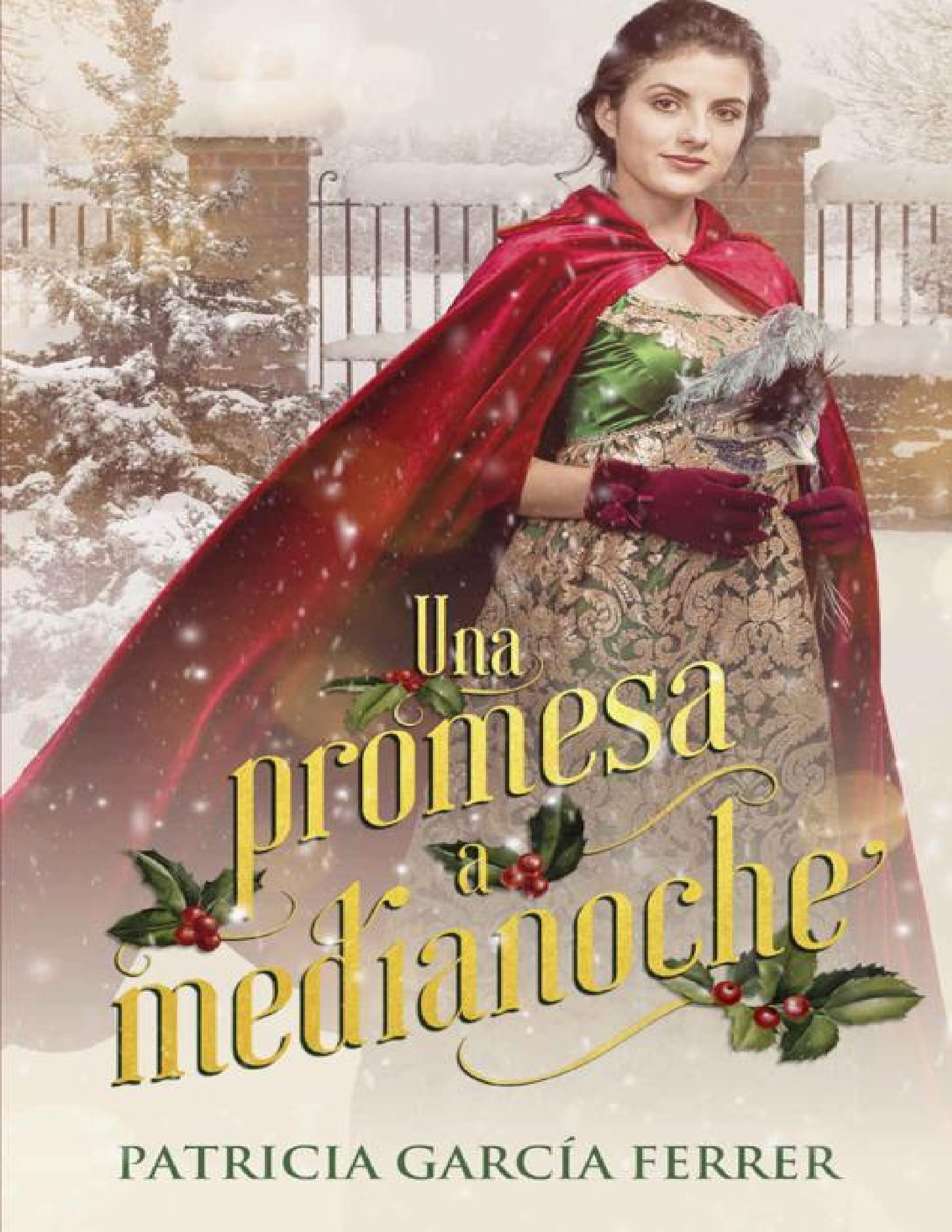


A woman with dark hair, wearing a vibrant red velvet cape over a green and gold patterned dress, holds a small, grey, fluffy animal. She stands in a snowy landscape with a brick wall and a tree in the background. Snowflakes are falling around her.

Una promesa a medianoche

PATRICIA GARCÍA FERRER

Una promesa a medianoche

REGENCIA EN NAVIDAD #1

PATRICIA GARCÍA FERRER

Copyright © 2024 Patricia García Ferrer

Todos los derechos reservados

Diseño de la cubierta: H. Kramer

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

Primera edición: noviembre 2024

ISBN:

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de la autora. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y los siguientes del Código Penal).

CAPÍTULO *uno*

Rosalind era la tercera hija del ducado de Bedford, uno de los títulos con mayor tradición del condado de Sussex. Y como todos los años desde que se quedó sola en la gran casa familiar se está preparando para la llegada de la Navidad.

Antes, era su madre quien solía decorar la casa y transmitir el espíritu apropiado para las fiestas. Toda la familia Bedford disfrutaba de forma animada de los últimos días del año sin embargo, tras el fallecimiento de la duquesa, el corazón de sus hijas no había vuelto a brillar con los colores que ella reflejaba como bandera.

Sus dos hermanas habían contraído nupcias y ella, todavía soltera, había adquirido una serie de responsabilidades en la residencia familiar que realizaba con mucha diligencia. Pero, sin duda, su favorita era disponer de todo lo necesario para la temporada navideña.

El duque, por otro lado, se había refugiado tanto en el trabajo que apenas tenía tiempo para festejar. Para él resultaban demasiado dolorosas unas fechas tan importantes pues le recordaban al amor de su vida. Sin embargo, comprendía el empeño de su hija por mantener viva la tradición y trataba de implicarse.

A pesar de que el ánimo decayó tras la muerte de la señora, su hija menor decidió hacer frente a la dura misión de mantener vivo el espíritu de su madre haciendo que su casa brillara, que el baile anual de navidad que siempre realizaba perdurara y que sus invitados sintieran que formaban parte de una gran familia durante una sola noche.

A sus veintitrés años, Rosalind era una joven elocuente y soñadora. Gozaba de los privilegios de la alta sociedad asistiendo a los eventos de la temporada, realizando pequeños viajes durante el otoño y la primavera para visitar a sus parientes y siendo anfitriona de grandes veladas. Tenía una vida despreocupada y resuelta. Aficionada a las artes encontraba deleite en la música, la lectura y la escritura. Esta última, en particular, era su mayor secreto pues solía redactar escritos con bastante fluidez.

Había rechazado dos interesantes propuestas de matrimonio en la última temporada social porque consideraba que había fuertes reparos que realizar a los caballeros y su mano seguía vacante. Conocía a James Davenport desde los seis años de edad y su clara predisposición al alcohol y al juego le resultaban poco atractivos para un compañero de vida. Por supuesto, la obsesión de Paul Bells por la taxidermia tampoco le resultaba tentadora.

Pero eso no le convertía en desmerecedora de las atenciones de pretendientes que se desplazaban desde distintos rincones de los condados colindantes para interesarse por ella. En el fondo, Rosalind sabía que era el título, la fortuna y posición lo que alentaba a esos caballeros a prestarle atención y por esa razón era cauta a la hora de ceder sus afectos a un caballero. Podría ser una ilusa pero deseaba un matrimonio por amor. Sus padres habían sido el claro ejemplo y esperaba encontrar un caballero digno.

Esa mañana escribió una a una todas las cartas para los invitados a su fiesta. Le tomó buena parte de la mañana pero realizó la tarea con gran cariño. Como había determinado su madre, cada año se escogía un motivo diferente para la celebración del día de Nochebuena. En esta ocasión, Rosalind quería aportar misterio y por ello organizó un baile de máscaras para que los amigos de la familia tuvieran una experiencia única. Sin duda, sería algo que podría dar que hablar en todo el condado. El deleite de los que iban a asistir y la envidia de los que no disfrutaban del cariño de la familia.

A sus hermanas les pareció una insensatez y consideraban que los señores de mayor edad no se prestarían a una locura tan descabellada como aquella. Pero, aunque tuvieran esa opinión ninguno se atrevería a rechazar la invitación de la hija del duque pues sus señoras estaban encantadas de acudir a las modistas e invertir sus libras en la confección de vestidos inigualables, máscaras y elementos decorativos a juego. Es a las mujeres a las que Rosalind apelaba con sus cartas pues eran quienes se encargaban de la correspondencia y de las agendas sociales de las familias. La alta sociedad era curiosa y un baile de máscaras era demasiado tentador.

Quedaban dos semanas para Nochebuena y Rosalind tenía que encargarse con tiempo de todos los preparativos: la elección de la mantelería, cubertería, cristalería, arreglos florales, candelabros y velas, decoración, el menú para todos los invitados, mobiliario para todos los presentes, lugar para estacionar las carrozas, indumentaria del personal de la casa, músicos para amenizar, distribución de la sala para el baile, elección de los asientos para todos los invitados en el comedor, detalles sorpresa para cada uno... La lista de quehaceres era bastante larga y sin duda, le mantendrían lo suficientemente ocupada como para no pensar en la tristeza que le azotaba al corazón al no tener a su madre con ella para ver la ilusión en sus ojos.

Pero, de todas las ocupaciones, la que más tiempo podría llevarle era la elección de su disfraz. Todavía no estaba segura de qué tipo de diseño quería pues deseaba estar impresionante, recatada y memorable al mismo tiempo. Rosalind era, en ocasiones, una contradicción en sí misma. Deseaba que todos recordaran la velada y a su anfitriona pero no era una joven vanidosa que disfrutara siendo el centro de atención. Sería complicado.

Los días transcurrieron y poco a poco todo estaba previsto para el gran día. El duque, como era de esperar, dejó que su hija planificara, ordenara y gastara cuanto era menester para la tan ansiada ocasión. Aunque no se lo había dicho nunca estaba muy agradecido porque se encargara de suceder a su madre en tan conmemorativa fecha. La Navidad siempre había sido algo tierno entre ellos y un motivo de celebración pues daban gracias por la familia, la salud y la unión.

Las respuestas de los invitados al evento no tardaron en llegar y poco a poco, Rosalind fue orquestando la distribución de los asientos en la velada. A ojos de un hombre podría parecer una nimiedad pero, para una anfitriona tan exquisita como Rosalind Bedford era un arte. Saber a quién sentar con quién era algo complicado. Debía tenerse en cuenta a quiénes había sentado juntos el año anterior, quién tenía redecillas con quién, quién estaba deseoso de conocer a quién... Un juego de ajedrez con demasiados movimientos.

Para su sorpresa y el desbarajuste de sus planes, su padre le entregó algo que le hizo enloquecer.

— Querida, tengo una petición de última hora.

—Este año no serviré el vino que nos recomendó el conde Williamson, padre, resultó una nefasta elección y los invitados criticaron mi elección durante semanas —respondió la joven recordando el suceso que fue motivo de conversación entre los vecinos hace dos años.

—No, no. Por nada del mundo volvería a hacer caso a ninguna de sus recomendaciones. Todavía recuerdo el amargo sabor que tenía. Era vino procedente de una cosecha de su primo tercero y deseaba hacerle un favor pero... se equivocó, en efecto.

—Me complace escuchar que está de acuerdo —respondió ella continuando con su bordado.

—Quisiera incluir una serie de nombres a la lista de invitados — dijo el duque observando con detenimiento cómo cambiaba el semblante de su hija. Sabía lo mucho que había trabajado en las últimas dos semanas para preparar la fiesta y aquella petición supondría un grave

inconveniente para ella.

— ¿Más invitados? — preguntó la joven levantando la mirada para sentenciar a su padre — Pero, padre, he preparado los menús, la distribución en las mesas, organizado el servicio, comprado los detalles...Será muy complicado adaptar todo.

—Apenas notaremos la diferencia, lo prometo.

— ¿Cuántas personas serían? —preguntó Rosalind esperando que las palabras de su padre fueran verdad.

—Unas pocas, querida, ocho o nueve más.

— ¡¿Ocho o nueve?! Padre, quiere volverme completamente loca. Apenas quedan dos días para Nochebuena. ¿De verdad es imprescindible que estén?

—Me temo que sí. Algunos de ellos vienen de otras partes del país para poder cenar con nosotros. Unos son posibles socios, otros son allegados de invitados y otros...

— ¿Otros...? — preguntó insistiendo.

—Dos de ellos son posibles pretendientes.

—Padre, por favor, me gustaría disfrutar de esta maravillosa y mágica noche sin tener que estar pendiente de agasajar a ningún caballero.

—Soy consciente, querida hija, pero mi cometido como padre es asegurarme que tengas oportunidades de conocer hombres decentes y estos, en concreto, vienen recomendados por personas de confianza. No quiero obligarte a que escojas a nadie que no desees pero, al menos, deberías conocerlos.

Rosalind se quedó pensativa. Añadir al listado nueve invitados adicionales no era demasiada complicación aunque tendría que mover algunas cosas y encargar otras tantas. Lo que le molestaba era el hecho de que tendría que estar pendiente de unos caballeros que, lo más probable, es que no tuvieran interés en conocerla sino solo en emparentar con un ducado. Sin embargo, por lo mucho que quería a su padre y para no arruinar la velada, aceptó.

—Por supuesto, añadiré a estos caballeros a la lista y me encargaré de que sea una velada inolvidable.

—Me complace tu predisposición, hija. Muchas gracias. Por cierto, hablando de esa idea tuya de los disfraces. No creo que sea...

—Es algo inamovible. Todo está dispuesto y yo misma encargué su traje —añadió la joven con ilusión. Estaba emocionada por la velada y su padre podía sentirlo, por ello, no quiso robarle la ilusión y aunque seguía pensando que la idea de los disfraces era una locura, aceptó por ella. Por la memoria de su esposa — La modista dijo que era sencillo pero digno de un duque.

—Me recuerdas mucho a tu madre, ¿lo he comentado alguna vez? —dijo conmovido. Había mucho de la duquesa en su hija menor. Tenían la misma melena castaña con ondulaciones, unos ojos color miel, una estatura media y un cuerpo delicado. Era la viva imagen de su esposa.

—Siempre que se acerca la Navidad, padre. Siempre —respondió ella con la mirada brillante.

—De acuerdo, me pondré ese disfraz pero solo porque ya es demasiado tarde como para escoger otro atuendo. Dudo mucho que el duque esté encantado con la idea de usar una máscara.

— ¿Se requiere al duque de Somerset? —preguntó ella pensando que podía referirse al íntimo amigo de su padre — Déjeme decirle que su esposa ha expresado su más ferviente deseo de acudir al baile de máscaras y ha indicado que tanto ella como el duque han escogido un atuendo a la altura de mis expectativas.

— ¿El duque? —preguntó extrañado su padre levantando las cejas — Tendré que hablar

seriamente con mi amigo cuando llegue.

—Quizá es que la duquesa y su esposo están más interesados en disfrutar del espíritu de la Navidad que usted.

—Perdona a un viejo cascarrabias, hija mía. Nada me podría apetecer más que esta velada.

Y a ella también. Fundidos en un tierno abrazo, padre e hija esperaron con entusiasmo la velada que reuniría a todos sus grandes amigos. Nochebuena estaba cerca y Roselind solo tenía que acelerar los preparativos de los inesperados invitados y todo estaría listo.

CAPÍTULO *dos*

Aquella mañana, Rosalind estaba tan nerviosa como el día en que vio a su hermana caminar hacia el altar. Había llegado Nochebuena y estaba deseosa de que los invitados llegaran y que la velada diera comienzo. Todo estaba organizado, el servicio alerta, la comida preparada, los músicos dispuestos y los invitados a punto de llegar. Solo necesitaba prepararse ella misma.

Rosalind había recibido el día anterior su precioso vestido de parte de la modista. Había optado por su tradicional color verde para la tela principal y un elaborado bordado en color dorado decoraba toda la parte inferior del vestido creando un manto de luz precioso. Acompañó su atuendo con una fina capa de terciopelo rojo para aportar esa parte de misterio y, por último, sacó su máscara. Pintada en colores plata y con plumas recatadas concedía a su mirada un aire penetrante y seductor.

En verdad, solo necesitaba respirar hondo, calmar sus nervios y bajar las escaleras. Rosalind trataba de ocultarlo pero los eventos sociales y más cuando ella era la anfitriona siempre le causaban pavor. Tenía miedo de que las cosas salieran mal y manchar la memoria de su madre. Pero sus hermanas y el resto de invitados estaban a punto de llegar y ella debía estar preparada para recibirlos. Varios miembros del servicio le dijeron lo hermosa que estaba y ella, con esa falsa calma que le caracterizaba sonrió y bajó a la fiesta.

Su padre estaba impecable tal y como había previsto. Era un hombre bastante bien parecido para su edad y aunque varios de sus allegados le habían instado a que volviera a contraer nupcias él rechazaba de forma rotunda la posibilidad. En su corazón solo existiría una mujer. Aunque Rosalind quería que su padre fuera feliz alababa en secreto su decisión.

Media hora más tarde llegaron las dos hermanas mayores de Rosalind, Margaret y Pauline. Ambas habían tenido la suerte de casarse con dos hombres con título y vastas fortunas disfrutando así de posiciones muy acomodadas. La mayor de ellas, Pauline, ya tenía dos niños de muy corta edad. El duque y Rosalind saludaron a su familia y la joven tomó a una de sus sobrinas en brazos mientras le daba decenas de besos. Hacía dos meses que no se veían y podía apreciar lo mucho que había crecido la niña. Se parecía mucho a su padre.

A continuación empezaron a llegar el resto de invitados y el duque y su hija se acercaron para recibirlos a la puerta principal. Agradeciendo su asistencia a la velada, Rosalind apreció que la norma expresa de disfraz y máscara para la ocasión fuera respetada por todos. Una genialidad que le resultó divertida aunque a su padre le abrumara no saber quién era cada cual bajo la máscara.

La música empezó a sonar, los invitados bailaron y conversaron, las copas se ofrecieron y las horas se sucedían. Todos portaban sonrisas espléndidas en el rostro algo que evidenciaba lo mucho que estaban disfrutando de la velada.

—Rosalind, querida niña, con certeza puedo decir que es la fiesta más original en la que he estado —dijo la duquesa de Somerset acercándose a la joven para darle un fuerte abrazo. Los duques eran muy cercanos a la familia y la señora había ejercido de madre en ocasiones en las que Rosalind había necesitado consejo y orientación como mujer.

— Cuando su madre empezó a organizar estas veladas hace ya más de veinte años nunca pensé que sería su hija pequeña la que tomaría el testigo y con una ocurrencia tan exquisita como esta. Un total acierto —agasajó la duquesa de Wellington retirando la máscara de su rostro para que todos vieran que se trataba de ella.

—Muchas gracias, duquesas. Siempre es un honor para mí contar con su presencia en

esta noche.

—Estamos deseosas de escuchar su gran discurso de este año.

Como era tradición, la velada estaba interrumpida por un discurso que ofrecía la anfitriona. Eso era lo que más pavor causaba a la joven Rosalind pues odiaba ser el centro de atención. Pero, para ese año, creía que la máscara le ayudaría a separar su miedo y ponerlo a raya.

—Y vemos que ha invitado a unos cuantos caballeros muy interesantes, en esta ocasión —cotilleó una de ellas iniciando, ciertamente, el tema de conversación por excelencia de las señoras casadas: los cortejos. Sus hijas estaban debidamente casadas y por lo tanto, necesitaban comentar las disposiciones de las hijas de los demás.

—He visto que Phillip, el hijo mayor del conde Walton está aquí. Es el joven del traje gris oscuro con la máscara de color rojo. Una elección muy sobria.

— ¿Y el afortunado del traje color burdeos? —comentó otra ante el silencio de la joven Rosalind quien prefería mantenerse al margen pues la presencia de caballeros solteros tan jóvenes solo podía implicarle a ella y prefería que no le mencionaran — Tiene una máscara demasiado grande y su rostro queda casi oculto por completo pero me ha parecido reconocer al sobrino del duque de Norfolk.

—La lista de este año se ha ampliado bastante, por lo que parece, señorita Rosalind —dijo la duquesa de Wellington para desgracia de la anfitriona.

—Mi padre me instó a invitar a algunos caballeros de última hora. No tengo el placer de conocer a ninguno de ellos pero espero que disfruten de la velada —respondió de forma diplomática sin mostrar ni el más ápice de interés. Necesitaba desviar la atención.

— ¿Qué disfruten? —cuestionó la duquesa de Somerset dedicando un serio reproche a su ahijada — ¿Acaso no ha tenido la ocasión de hablar con ellos?

—Prefiero disfrutar de la velada. Además, son muchos los invitados presentes. En ocasiones me resulta complejo poder atender a todos por igual —se justificó Rosalind mientras contemplaba cómo los invitados comenzaban a bailar una nueva pieza. La orquesta que había seleccionado era singular y muy talentosa.

—Su santa madre no nos dejará dormir esta noche si no logramos que mantenga contacto con alguno de ellos —insistió la duquesa.

—Me temo, queridas amigas, que el motivo de esta velada no es encontrar a un pretendiente para mí sino disfrutar de un encuentro familiar repleto de buenos momentos con amigos.

—Desde luego, querida. Pero no pasará nada si añadimos un pequeño aliciente. Además, está preciosa esta noche y el vestido que lleva es sensacional. No me cabe duda que los caballeros presentes harán cola para conversar con usted.

—Denos un pequeño capricho a las ancianas que no tenemos otro divertimento, por favor —suplicó divertida una de las duquesas. A Rosalind le resultó irónico que la señora escogiera la palabra «anciana» para referirse a sí misma cuando se congratulaba de ser una de las duquesas más jóvenes del siglo.

A Rosalind no le quedó otro remedio que sonreír y aceptar la petición de la amiga de su madre. Quería complacer a todo el mundo aunque eso no le acarrearía dolor de cabeza.

Justo cuando estaba a punto de separarse del grupo para iniciar su discurso antes de la cena sintió algo que le sobrecogió. Al final de la sala, justo al lado del piano que tantas horas había tocado su hermana Margaret, se encontraba un hombre con los ojos tan oscuros como hipnotizantes.

Llevaba un traje de color negro impoluto de varias piezas, una máscara en color dorado que complementaba con un pañuelo del mismo color al cuello. Sus ojos le miraban fijamente y aunque ella sintió ganas de salir corriendo pues era abrumador el sentimiento que crecía en ella, su cuerpo se quedó paralizado. Conectaron. Sus miradas se fusionaron a pesar de estar a metros de distancia. Ella no parpadeó. Sintió el temblor de sus manos, la inestabilidad de las piernas, el palpitir acelerado del corazón. ¿Por qué le estaba mirando de esa forma? ¿Acaso se conocían? ¿Era uno de los invitados habituales al que no había reconocido o formaba parte de esa misteriosa lista de su padre?

Trató de dar dos pasos adelante pero pronto se dio cuenta que el resto de los invitados había advertido su avance hacia el centro de la sala e interpretaron que era el momento del famoso brindis. Ella, abochornada por la confusión, trató de disuadir a los señores que se disponían frente a ella con la copa en la mano. Tímida y sin saber qué hacer trató de buscar una cara conocida para poder salir de esa situación.

Sus hermanas estaban al otro lado de la sala conversando con su padre y sus esposos. Su amiga, Mary, estaba charlando con su hermano y otro caballero al que no reconocía. Trató de buscar más salidas pero no las encontraba y los invitados parecían aguardar cada vez más expectantes.

Sentía un nudo apretar su estómago y su corazón latía tan fuerte que estaba segura que se detendría en algún momento. Cuando pensó que no tenía salida y que la velada no estaba saliendo como ella había planificado sintió que algo rozaba su mano. Nerviosa y escurridiza, aceptó el toque. Rosalind siguió con su mirada el extremo opuesto de ese contacto y lo vio. Era él.

No pronunció palabra alguna solo la tomó de la mano y la llevó hasta el centro de la sala donde se disponían distintas parejas para iniciar un nuevo baile. Rosalind estaba confusa. ¿Quién era ese hombre?

El misterio conferido por las máscaras, la iluminación más tenue y el olor a canela de las velas que había encargado a un artesano le embriagaron por completo. Pero fue esa mirada la que logró sostenerla antes de caer. Unos ojos que resaltaban entre todos los invitados. Unos ojos que parecían prometerle algo imposible.

La música comenzó a sonar y los invitados se retiraron para continuar con sus conversaciones al ver que la anfitriona se disponía a bailar. Era evidente que el brindis no tendría lugar en ese momento. Ella respiró aliviada sintiendo que el nudo de su estómago se deshacía aunque pronto comenzó a experimentar otro conjunto de emociones que estaban totalmente fuera de su control.

Las parejas que había a su alrededor comenzaron a bailar y ella se vio impulsada por la intensa mirada que le sostenía al otro lado de la fila. Ese hombre misterioso le invitaba a bailar. Le tocaba con delicadeza cada vez que sus cuerpos se encontraban. Le rozaba cada parte de su cuerpo con cada mirada como si la recorriera en silencio. Podía sentir su respiración cuando sus cuerpos estaban cerca. Aquello estaba resultando demasiado abrumador. Rosalind pensó que jamás había experimentado algo así.

¿Quién era ese hombre? Analizó sus facciones y aunque parte de su rostro estaba oculto no vislumbraba rasgos que le resultaran conocidos. Sin duda, tenía que tratarse de una de los invitados añadidos en último momento.

No conocía a ese caballero, ni su procedencia, ni talante ni personalidad pero la forma en que le devoraba con los ojos le estaba diciendo más de lo que podía imaginar. Era incapaz de saber cómo sus piernas podían seguir el compás de la música cuando en cada vuelta giraba más y

más rápido solo para conectar con sus ojos.

Había un brillo especial en su mirada. Un fulgor que le incitaba a arder con intensidad. Un fuego al que ella, sin saber cómo, estaba deseando entregarse.

—Jamás había sentido que caminaba en un campo de lavanda —susurró su misteriosa voz mientras se colocaba detrás de ella, tomaba sus manos entre las suyas e iniciaban la danza hacia delante y hacia atrás perfectamente coordinados.

Ella se estremeció.

Sintió un calor recorrer su cuerpo.

Anicharse en su estómago.

Remover su corazón.

Aumentar sus latidos.

Nublar su mente.

Sin duda. Este era el baile de Navidad y el invitado más inesperado de todos.

CAPÍTULO *tres*

Con los nervios todavía disparados y sintiendo con intensidad cada latido de su corazón, Rosalind disfrutó del mejor baile de su vida. El misterioso caballero, que todavía no había pronunciado palabra, aunque ella sintiera que comunicaba mucho más de lo esperado con su mirada, seguía siendo un desconocido. Sin nombre o apellido, sin ocupación, sin conocer el tono de su voz o sus intenciones, a ella no le importó. El misterio que le rodeaba, la bruma que le había hipnotizado y su tacto embriagador era más que suficiente.

Solo una frase había sido suficiente. Ella había sentido como había inspirado su olor al colocarse detrás durante el baile. Su corazón todavía latía desbocado y sentía que su respiración jamás volvería a ser la misma mientras su cuerpo estuviera próximo. Puede que fuera una joven impresionable pero, sin posibilidad a duda, aquel hombre era un misterio que estaba dispuesta a resolver.

—Ha sido un baile muy gratificante, señor... —empezó a decir Rosalind mientras ambos caminaban al lateral de la sala esperando que los nervios no le traicionaran y el caballero se presentara.

—Mi nombre es lord Henry.

—¿El hijo del duque de Dorset? —preguntó ella para confirmar.

—Sí, en efecto. Veo que conoce a cada uno de sus invitados, señorita Rosalind.

—¿Me conoce? —preguntó contrariada la joven. La profunda voz del joven duque le estaba, curiosamente, calmando.

—Puede que todavía no nos conozcamos personalmente pero debo agradecer la extensión de la invitación para este magnífico baile. Soy consciente de que los arreglos de última hora siempre generan inconvenientes.

—No se preocupe, señor. La Navidad es una temporada para disfrutar de amigos y familia. Y es maravilloso contar con su presencia.

Cada una de las palabras que estaba pronunciando eran verdad y las sentía como tal. Rosalind se sentía en calma conversando con aquel hombre a pesar de su intenso baile y su cuerpo se relajó poco a poco mientras una intensa marea parecía atraparla con la mirada.

—Agradezco su familiaridad. No esperaba encontrarme con un recibimiento tal y menos, siendo un completo desconocido.

—Me gustaría agasajar su ego y decir que conocía su identidad pero lamento confesar que no era así.

—No me extraña, apenas he cruzado a este lado del condado.

—Entonces debemos sentirnos afortunados de contar con su presencia en esta noche tan especial.

—Eso tendrá que decírmelo usted.

Fue su voz grave, sus movimientos pausados y tranquilos, la forma tan provocadora de hablar y su talante varonil lo que terminó de romper las escasas barreras que mantenía Rosalind. Hasta el momento no se había presentado ante ella un hombre por el que pudiera sentirse tentada a abandonar la soltería pero ese hombre podría marcar una diferencia.

—¿Y qué opina de esta comunidad, lord Dorset?

—Creo que es más interesante de lo que hubiera imaginado —respondió él en un tono que logró hacer temblar a Rosalind. Aquella mirada, que no se despegaba de ella, la estaba haciendo

prisionera. Le había atrapado en una red.

Rosalind no pudo evitar pensar si ese caballero era uno de los futuros pretendientes que su padre había incluido en la lista.

—Seguro que encontrará satisfactoria la compañía de todos los miembros de la sociedad —añadió ella con una cálida sonrisa.

—Es posible que después de esta velada me establezca por los alrededores.

—¿Está buscando una propiedad para vivir?

—Sí. Desgraciadamente no conozco la zona ni las residencias disponibles.

—En ese caso debería hablar con mi padre. Él tiene propiedades en venta por todo el condado y seguro que podrá ofrecerle algo que pueda interesarle.

—Hablaré entonces con su padre.

Y se hizo el silencio. Rosalind no sabía cómo seguir la conversación pues, por algún extraño motivo, era incapaz de pensar en algo que no fuera la tierna forma en que él le había ofrecido una bebida.

Por otro lado, Henry estaba sintiendo un cosquilleo abrumador en las manos. Se había sentido tentado a hablar con esa joven desde el mismo instante en que cruzó por primera vez la sala para entablar conversación con un grupo de señores. Era de estatura media, comedida, con la piel blanquecina, caballos castaños y con una mirada suplicante. No sabía si era la gracia de sus movimientos, la calidez de su sonrisa o el embrujo de su mirada pero algo había capturado por completo sus instintos obligándole a centrarse en ella.

Henry había acudido al condado a resolver un grave inconveniente que alguien le había causado y, sin embargo, al mirar lo nerviosa que parecía la joven minutos atrás, había sentido el impulso irremediable de ayudarle. Conocía el compromiso de sentirse atrapado y aquella joven estaba gritando silenciosa suplicando ayuda. No parecía la persona adecuada puesto que no se conocían pero, en el instante en que sus manos se habían enlazado durante el baile, sintió que estaba en el sitio adecuado. Sintió que su corazón se desprendía. Pensamientos inusuales para un caballero pero esperanzadores para él.

Había conocido a muchas mujeres en sus años de vida y muchas de ellas habían intentado aprovecharse de su posición y título pero aquella joven, tan dispuesta a halagar a todos y con una clara disposición a la conversación, podía ser la respuesta a todas sus plegarias. Solo esperaba no estropear su oportunidad.

—¿Todas las navidades son así a este lado del país? —preguntó Henry esperando que ella no hubiera perdido las ganas de conversar con él. Odiaría pensar que su entusiasmo por conocerla era rechazado.

—En ocasiones, aunque esta es la primera vez que se celebra el baile de máscaras—respondió ella de forma animada inspirando al joven a continuar con energías renovadas.

—Confesaré que es una ocurrencia divertida. Nunca he asistido a una velada de este tipo.

—No sé si eso es un cumplido o una crítica —añadió ella con ligera picardía algo que no pasó inadvertido para el caballero.

—Un cumplido, por supuesto. En mi familia no existe predilección por celebrar estas fechas.

—Aquí ocurre todo lo contrario. Tratamos de reunir a todas las personas que son importantes para nosotros para poder dar gracias por su compañía y amistad. La Navidad es una época preciosa.

—Es algo loable y muy cristiano —respondió el joven al ver la bondad que despedía Rosalind con las palabras. Aquella mujer parecía un ángel hermoso y de espíritu puro.

—No somos nada si nuestro corazón no alberga recuerdos de las personas que forman parte de

nuestra vida.

Él sintió que algo en él se removía.

No sabía exactamente qué era.

No sabía si eran sus palabras, la forma en que las decía, los sentimientos que parecían filtrarse en su mensaje o la ilusión que brillaban sus ojos pero aquella joven era mucho más que una mujer.

Dios sabía que no era un hombre que frecuentara la comunidad religiosa pero, en ese instante, sintió que estaba ante la presencia de un ángel. De una persona tan pura y con el corazón tan tierno que era imposible no sentirse obligado a protegerlo. Necesitaba conocerla más.

Rosalind, estaba intimidada. Aunque solo conocía su nombre, la joven Bedford sintió que, de alguna forma, conocía a ese hombre desde hace más tiempo. Su cuerpo estaba aturdido e impresionado por su presencia, deseaba volver a sentir su contacto, escuchar su voz cerca de su oído y... en ese instante, se ruborizó. Se dio cuenta que sus pensamientos eran más indecorosos y que estaban llegando a un nuevo rincón que siempre le había estado vedado: el deseo.

— ¿Está disponible para el siguiente baile? —preguntó Henry deseoso. Esperaba haber interpretado bien el ligero rubor que se había apoderado de la joven pues, en su fuero interno, él sentía el mismo calor.

—Por supuesto.

Él le extendió la mano y juntos regresaron al centro del salón donde iniciaron, junto al resto de parejas, una nueva danza. Y allí, entre música, giros, compases, miradas, sensaciones, provocación, escalofríos y suspiros, la joven Rosalind Bedford sintió que su corazón cambiaba.

Le buscaba en cada giro. Lo necesitaba en cada separación. Lo sentía en cada contacto. Lo anhelaba en cada mirada. Le suplicaba en cada aliento.

Aquello era nuevo. Desconocido. Asfixiante.

Era prematuro. Una locura. Una insensatez. Algo imposible. Se había enamorado.

Apenas conocía al caballero en cuestión y tampoco si sus atenciones eran correspondidas o solo una forma de agasajar a su anfitriona. Deseó, por todos los medios, que fuera un hombre noble y que pudieran conocerse con el corazón abierto. Pues no ansiaba nada más en este mundo que abrir su alma a otra persona y, por alguna razón, sentía que él era el hombre que había esperado.

Cuando terminaron el baile y se dispusieron para continuar su conversación al otro lado de la sala, Rosalind comenzó a notar que ciertas miradas estaban puestas en ellos. Algunas de las señoras más notables de la comunidad estaban atentas y comentaban por lo bajo. Era evidente que bailar dos piezas seguidas con el mismo caballero y desatender al resto de invitados había sido descortés.

—Lord Dorset, siento mucho tener que dejarle, pero siento que le estoy privando de la oportunidad de conocer a otras amistades— comentó ella avergonzada. En su deseo de pasar más tiempo con el caballero había olvidado sus labores como anfitriona y lo que el decoro marcaba.

—Entonces, ¿declara que soy una amistad, señorita? —preguntó él con demasiada expectación. Una parte de él se moría por la respuesta y otra, se moriría de verdad si ella dijera que no.

—Me gustaría pensar que sí, por supuesto.

Fue el tono, la sonrisa que acompañaba a esas palabras y la delicadeza en su mirada lo que terminó por intensificar el calor que él sentía.

—Quedo muy conforme con su respuesta y disculpe si he abusado de su tiempo. No he podido evitarlo.

Fueron esas palabras las que hicieron temblar a Rosalind. Ella tampoco lo había podido evitar. Quería pasar más tiempo con él pero tenía muchos invitados con los que hablar, un discurso quedaba pendiente y la cena todavía expectante.

Ella estaba nerviosa y el hecho de que más personas le estuvieran observando, que vieran cómo su cuerpo reaccionaba al estar frente a él le avergonzó. Él, percibiendo su incomodidad repentina hizo un movimiento para que continuara su camino en la sala y se ocupara de sus obligaciones. Sin embargo, ella se volvió en dos ocasiones buscando su mirada y Henry sintió una debilidad sobrecogedora.

Aquella joven, pequeña y sencilla, era especial. Era el ser más delicado que había visto y por algún motivo, se sintió atado a ella. La necesitaba.

Rosalind conversó durante los siguientes veinte minutos con varios invitados pero era incapaz de concentrarse. Su mente regresaba una y otra vez a Henry.

—Querida —dijo su padre llamando su atención — creo que es el momento de dar paso al discurso. Nuestros invitados tendrán hambre.

—Claro, padre. Por supuesto.

Entonces, Rosalind se despidió de su grupo y dio varios pasos hacia uno de los extremos de la sala donde se encontraba la gran chimenea. Encendida para proporcionar alivio a los invitados frente al temporal presente fuera, ella sintió que ese fuego era todavía más asfixiante de lo esperado. Llamó la atención de todos cuando carraspeó y tocó una pequeña campana dorada.

CAPÍTULO *cuatro*

—Queridos invitados. En primer lugar, quiero dar las gracias en representación de toda la familia Bedford por aceptar nuestra invitación. Como ya saben, es un placer poder celebrar estas fechas tan señaladas con las personas más queridas para nosotros. Siento que el tiempo no acompañe a esta misteriosa velada pues hay un horrible temporal fuera. Aunque alguno de ustedes seguro que atina a añadir que así podemos aportar una sensación más a la experiencia.

Todos rieron.

—Solo espero que nuestra calea no quede atrapada por la nieve, señorita Bedford —dijo uno de los amigos más refunfuñones de su padre.

—En ese caso, todos quedarán invitados a descansar en nuestra casa. Hemos preparado las habitaciones para que, quien desee permanecer aquí durante la noche, no deba enfrentarse al temporal.

—Esta joven es tan considerada como su madre, no hay duda —comentó una de las señoras presentes a su esposo. Ese comentario calentó el corazón nervioso de la joven.

—Como decía, esta velada es una tradición que deseamos mantener viva y que nos permite celebrar una de las fechas más esperadas del año. Personalmente, quiero dar gracias por mi familia. Agradecer a Dios su protección y cuidado pues todavía cuento con la salud de mi padre y mis hermanas. Agradecer a los ángeles que cuidan cada día de mi madre en el paraíso. Agradecer por compartir mi vida con unas personas tan maravillosas como ustedes. Agradecer por tener una vida dichosa.

— Sin duda, esta joven es adorable. No me explico cómo todavía no ha encontrado un pretendiente — susurró la duquesa de Somerset a su amiga. Mensaje que fue interceptado por lord Dorset quien decidió prestar también atención a la conversación entre las señoras.

—Sí que lo ha hecho, Mary, si no me equivoco rechazó a dos caballeros esta pasada temporada.

— ¿De verdad? —preguntó escandalizada la señora pues su ahijada no le había comentado tales detalles.

—Sí. No conozco todos los pormenores pero, por descontado, contó con el apoyo de su padre, el duque.

—Tiene un corazón muy noble y será una estupenda esposa algún día —declaró con orgullo la duquesa.

Henry escuchaba la conversación entre aquellas dos señoras oculto otras un grupo de gente. No deseaba poner nerviosa a la anfitriona y colocarse en un segundo plano era su forma de dar ese espacio. Pero, en realidad, era distancia lo que deseaba interponer. Las palabras de Rosalind, la apreciación de la gente, el calor de esa comunidad... todo le resultaba abrumador. Muy diferente a lo que él estaba acostumbrado. Por alguna razón, sentía que su corazón estaba en calma. Una calma que encontró tranquilizadora dadas sus actuales circunstancias. ¿Por qué el destino era tan caprichoso?

—Muchas gracias a todos por su asistencia y su cariño. Espero que disfruten de la cena y de los detalles que he preparado para ustedes. Feliz Nochebuena a todos. Feliz Navidad.

—Feliz Navidad —corearon todos los presentes levantando las copas y realizando el brindis de la noche.

Todos aplaudieron encantados. Disfrutaban de la velada y era evidente que estaban

agradecidos, al igual que ella, así que todos se dispusieron a continuar sus pasos hacia el comedor.

Henry, por su lado, no conocía a nadie más en la sala. Ya había sido una completa osadía presentarse él mismo ante la dama sin ser introducidos formalmente por un conocido. No había podido evitarlo y esperaba que ella no le censurara por ello. No se conocían y no tenía por qué fiarse de él.

Ella buscó entre la multitud la mirada de cierto caballero y esperó a que se uniera a ellos en la cena. Conforme los invitados entraban se dedicaron a buscar su nombre en las mesas. Una pequeña nota escrita pulcramente con sus nombres indicaba cuál era el asiento a ocupar fueron tomando asiento no sin antes ver el pequeño paquete que descansaba sobre el plato. Era evidente que conocían la dinámica pues la mayoría de ellos se sentaban en el mismo lugar desde hacía más de diez años.

Sin embargo, para Henry era la primera vez y tuvo la suerte de que un caballero, muy amable y dispuesto, le explicó cómo debía buscar su lugar en el comedor.

Cuando todos los comensales tomaron asiento en torno a la gran mesa, el duque, presidiendo la cena, se retiró la máscara del rostro y todos los demás le siguieron.

—Adoro el ingenio de mi querida hija pero siento que resultaría incómodo comer con esta máscara.

En ese instante, Henry enmudeció. La joven Rosalind Bedford se retiró la máscara de su rostro y él pudo comprobar que era la mujer más hermosa que jamás había visto. La máscara que ocultaba su rostro era el perfecto envoltorio para un regalo del cielo. Su rostro era delicado, con unos labios finos, una comisura traviesa y un rubor infantil. Pero por mucho que la considerara atractiva era su bondad y calidez lo que despertaba su interés.

Sin darse cuenta, empezó a pensar en un mundo de posibilidades. Nunca había considerado el matrimonio como una opción viable dadas sus circunstancias pero, en ese instante, era la verdad más auténtica de todas. Quería proteger, cuidar y atesorar a esa mujer. Una conversación había sido suficiente para sentir un vínculo genuino con ella.

—Y dígame, lord Dorset. ¿Qué asuntos le traen hasta nuestro condado?

—Veo que mi identidad no es ningún secreto.

—Lamento decir que no hay nada que ocurra en esta comunidad sin que mi esposa, la marquesa de Howard o yo podamos saberlo. Estar bien informado es la base para unos buenos negocios.

—Agradezco su interés, marqués, aprecio esta acogida —respondió el joven tratando de halagar al curioso caballero.

—No encontrará anfitriones más complacientes que la familia Bedford ni velada más agradable que esta. Espero que mi esposa no me censure por este comentario pero nuestras cenas nunca están a la altura de este evento.

—No puedo negar que mi primer contacto con esta comunidad no ha sido como esperaba —añadió Henry dedicando una tímida mirada a la joven que ocupaba sus pensamientos.

—Espero que sea en buenos términos.

—Por supuesto, no podría decir todo lo contrario.

—¿Y qué relación tiene con el duque? —preguntó la que interpretó que era su esposa con ávido con interés.

—Por el momento, ninguna, marquesa. Mi padre, el duque, tiene negocios a lo largo de todo el país y me dispongo a ocuparme de algunos de ellos cerca de aquí. El duque y mi padre han entrado en conversaciones para poder ejecutar un proyecto en común y dada la delicada

salud de mi padre me siento en mayor capacidad de realizar un viaje para establecer vínculos comerciales.

—Es admirable ver cómo los hijos están dispuestos a suceder a sus padres.

—No hay otro destino posible, marqués. Soy el único heredero varón de mi padre. Además, deseo comprar una propiedad en las inmediaciones para poder establecerme durante una temporada.

—¿Y todavía no ha contraído nupcias, joven? No es algo muy propio de un heredero de su posición —quiso saber la señora adentrándose en sospechas pantanosas y rumores.

—No, todavía no — «por el momento» se dijo a sí mismo.

—Si descuida yo podría presentarle a unas cuantas damas de buena posición y que han entrado recientemente en sociedad para que pueda considerar el matrimonio. Un futuro duque tiene que encontrar una esposa a su altura. Por suerte, el condado ofrece excelentes oportunidades.

—Le agradezco su amabilidad, marquesa. Pero, por el momento, creo que prefiero centrarme en mis ocupaciones.

—Por supuesto, por supuesto —respondió la señora dando por zanjada la conversación dada la escasa predisposición del joven a continuar. Ella, por supuesto, había tanteado las intenciones del futuro duque puesto que su hija menor, todavía soltera, estaba disponible y lista para el matrimonio. Para ella, sería un matrimonio más que ventajoso. Ya encontraría la oportunidad de seguir conversando con él.

Henry giró el rostro y se encontró con varios invitados conversando animadamente con la anfitriona. Era imposible iniciar una conversación dada la distancia y por ello, se centró en abrir el pequeño detalle que tenía en sus manos mientras esperaban a que la cena fuera servida.

Era una pequeña caja envuelta en un delicado papel. Hacía muchos años que nadie le hacía un regalo y aunque estaba seguro que ella no había pensado expresamente en él para prepararlo pues hacía menos de unas horas que se conocían, cuando descubrió la aromática fragancia sintió atrapado. Era un pequeño saco con planta de lavanda. Olía muy bien. Cerró los ojos y la sintió. Era como tenerla cerca.

Ella, al otro lado de la mesa, advirtió la reacción de él ante el regalo. Ninguno de los presentes se había tomado la molestia de abrir el detalle que con tanto esmero había preparado salvo él. Cuando la fragancia inundó la mesa se volvió para buscar su origen y allí estaba.

¿Cómo un hombre del que apenas sabía nada podía causar una impronta tan fuerte en ella? Todo su ser le buscaba en la sala y solo deseaba salir de allí para conversar con él. Cuando dispuso al extraño Henry Dorset en la mesa no imaginó que era un hombre tan apuesto y menos, que le cautivaría de esa forma. Mala suerte la suya no haberlo situado más cerca para poder tener una excusa para conversar con él.

Al término de la velada, todos los comensales pasaron de nuevo al salón para tomar una última bebida antes de marcharse. Para su suerte o desgracia, el temporal estaba resultando un incordio y varios de los invitados anunciaron que se retiraban antes de que el camino estuviera impracticable a causa de la nieve. El joven Henry se debatía entre lo que sabía que era correcto y lo que deseaba que fuera. Una parte de él sabía que retirarse a la casa que había alquilado durante unas semanas era lo correcto pero todo su ser le decía que se mantuviera en aquella casa. Que todavía tenía una oportunidad de estar con ella.

Y el deseo logró vencer al honor.

—Duque, lamento comunicarle que he llegado en caballo y no estamos preparados para enfrentar un temporal de esta magnitud.

—No se preocupe, joven Dorset, será un privilegio acogerle en nuestra casa. Nuestra hija dispuso habitaciones para ello y además, así tendremos la excusa perfecta para poder conversar a primera hora sobre nuestros posibles negocios.

—Le estoy sumamente agradecido, duque.

—Dejémonos de títulos. Es bienvenido en mi casa y le trataré como un hijo. Si le parece bien, me gustaría presentarle a mi hija.

Henry no quiso rehusar la invitación del señor de la casa y decirle que ya conocía a su hija. Encontró ligeramente divertida la situación y siguió al caballero hasta llegar junto a la joven. Era un hombre afable y sencillo totalmente opuesto a su propio padre.

—Rosalind, querida —dijo el duque llamando a su hija quien conversaba alegremente con unos invitados — Si me disculpan, queridos amigos, me gustaría robarles a mi hija unos instantes.

—No se preocupe, duque.

Rosalind se separó del grupo y se acercó a su padre. Su corazón se detuvo al darse cuenta de quién le acompañaba. Él le miraba con una mezcla entre curiosidad y divertimento.

—Rosalind, me gustaría presentarle a Henry Dorset, es el hijo y heredero del Duque de Dorset.

—Es un placer, lord Dorset —dijo ella con una sonrisa tímida en la boca. No quería causar un malentendido con su padre puesto que no habían sido presentados como era debido así que siguió adelante con la farsa.

—No, créame, el placer es todo mío. — respondió él. Fue esa elección de palabras y cómo las había dicho lo que causó un escalofrío en Rosalind. Un interés nuevo recorrió su cuerpo desde sus entrañas pasando por su torso, sus mejillas, las piernas... todo en ella estaba en alerta.

Deseoso.

—El joven Dorset se quedará con nosotros esta noche. ¿Podría disponer de una de las habitaciones de invitados?

—Me temo que debería revisar, padre —se disculpó ella agachando la mirada. Una de las risas de los invitados le sacó del estado de estupor en el que se encontraba al contemplar al joven dando paso a una cosa que había perdido desde que le vio: la sensatez. Era una locura que ese hombre, al que apenas conocían, permaneciera durante la noche bajo su techo. Y mucho menos, con ella allí — puede que no dispongamos ya de habitaciones puesto que varios invitados han solicitado las habitaciones. Si me lo permite...

—No se preocupe, señorita —trató de calmarla pues no pensó que su decisión podría ponerle en un aprieto — Me marcharé lo antes posible.

—No diga insensateces joven. No podría aceptar que su padre censurara mi comportamiento por dejarlo desamparado. No dispone de calesa para regresar y el tiempo fuera es infernal. Arreglaremos la situación —aseguró el señor de la casa a su invitado.

—Estaría dispuesto a dormir con los caballos si hiciera falta —propuso el heredero con humildad.

—Es un joven muy divertido, sin duda. El ducado ganará un hombre de buen corazón. Esta noche descansará sobre nuestro techo.

—Nada me gustaría más.

Y con unos ojos que clamaban atención, Henry suplicó a la joven Bedford que le acogiera en casa sin saber que ella tenía en su corazón un dilema casi imposible de resolver.

CAPÍTULO *cinco*

Era evidente que no le había agradado la posibilidad de que él se quedara a dormir. ¿Acaso había interpretado mal las señales? ¿Acaso su agradable conversación no había significado nada para ella? ¿No había sentido una conexión especial durante su baile? Quizá no. Puede que solo lo hubiera imaginado o que solo hubiera sido significativo para él.

El duque y él conversaron durante cerca de media hora junto a otros invitados. El caballero era un hombre afable con facilidad para la palabra y la conversación. Su propio padre le había comentado que conocía al duque desde hacía muchos años por diversos eventos de la alta sociedad y que tras la muerte de su esposa había quedado afligido. Sin embargo, se encontraba ante un hombre muy diferente al descrito.

Se alejó durante un instante de la mesa para tomar una bebida no sin antes admirar la decoración de la sala. La señorita Bedford tenía un gusto exquisito.

—Parece que ha engatusado a mi padre, señor Dorset —reconocería a la dueña de esa melódica y tierna voz en cualquier parte de ese esa misma noche. Él se giró para enfrentarla.

— Puede que su padre tenga buen instinto.

—Mi padre no podría cazar ni un zorro aunque estuviera a cuatro metros, mi Lord —la forma tan cercana de hablar de la joven le demostró que las dudas que había manifestado momentos antes se habían disipado y que la incomodidad era algo del pasado.

—Nadie ha dicho que tenga que cazarme.

—Ni yo que tenga que ser cazado —respondió ella siguiendo, de forma inexplicable, su ridículo juego de palabras. ¿De dónde provenía ese atrevimiento? Ella no era así, desde luego. ¿Qué le estaba haciendo ese hombre?

Él sonrió. Ella también. Ninguno dijo nada. Solo se miraron en silencio.

—Si no desea que me quede en su casa dispondré todo para partir lo antes posible.

—Mi padre no desea que enferme si se expone a este temporal.

— ¿Y usted?

—No tengo fama de ser una mala anfitriona—respondió manteniendo su opinión neutral—. Entonces...

— ¿Dispone de una habitación para mí? Lo dije de verdad, podría quedarme en el establo si...

— ¡Entonces sí que me tacharían de mala anfitriona! Un duque durmiendo en un establo ¿dónde se ha visto eso? No se preocupe, tenemos una pequeña dependencia. Puede que no sea tan confortable como las...

—Será perfecta —se apresuró a interrumpir el joven invitado. Cualquier sitio le serviría si podía estar cerca de ella.

—De acuerdo, avisaré al ama de llaves de su interés para que lo dispongan todo. Yo

misma le llevaré una vez que termine la velada.

—Lo estaré esperando.

Rosalind se quedó muda. ¿Qué estaba esperando? ¿Que terminara la velada, retirarse a su habitación, que ella le llevara? ¡Maldición!

En ese momento, Rosalind se dio la vuelta y se marchó. Necesitaba salir al exterior. Tomar aire fresco y dejar de sentir la presión en el pecho que experimentaba cuando estaba cerca del joven. Puede que fuera una reciente aflicción propia de la época. Puede que fueran los nervios de la velada y del discurso. Puede que fueran los recuerdos que esas fechas causaban en su corazón. Puede... Todo eran excusas. Rosalind sabía lo que le ocurría con total precisión. Puede que nunca antes lo hubiera experimentado. Pero su corazón estaba cambiando por ese hombre.



La velada llegó a su fin y los invitados que quedaban se marcharon a excepción de tres matrimonios y el futuro duque de Dorset. El señor de la casa anunció al servicio que acompañaran a los huéspedes hasta sus habitaciones para que no hubiera confusiones. Rosalind, por su parte, indicó al joven caballero que le siguiera hasta otra zona.

—Estoy segura que nadie le molestará en este lado de la casa. Su habitación se encuentra más cerca de las dependencias del servicio que de las habitaciones principales. Lo siento de corazón, discúlpeme.

—No le permito que vuelva a disculparse, señorita. Ha sido intromisión y capricho mío el permanecer a salvo en su casa. No disponer de una calesa acorde a esta temporada del año ha sido mi error.

—Trate de descansar, mi Lord —dijo ella sin dedicarle una mirada a su invitado. Estaba muy nerviosa. Estar a solas con él le estaba poniendo nerviosa y casi se sentía como una niña pequeña incapaz de conversar. —Buenas noches.

—Señorita Bedford.

Ella se detuvo. No quiso voltearse para enfrentarlo pues, si lo hacía, podría corroborar como la oscuridad del pasillo le confería a su invitado un aire atractivo y seductor. Una imagen que no estaba preparada para contemplar aunque su mente ya la hubiera imaginado. El caballero dio varios pasos al frente hasta situarse a un suspiro de ella.

—Déjeme decirle que estaba preciosa esta noche.

Sintió cómo la vergüenza tintaba sus mejillas. Cómo un intenso calor llegaba hasta ella arrojándola por completo a un abismo desconocido. No respondió. No podía. Con paso apresurado se perdió entre los pasillos de la gran propiedad y regresó a su dormitorio.

Se dejó caer sobre su cama con la mano en el pecho y la mirada perdida entre un baile y un pasillo oscuro dejando que sus últimas palabras le mecieran en silencio.



La noche no fue tranquila para ninguno de los dos. Henry, por un lado, pensó decenas de veces en recorrer los pasillos que le separaban de la zona principal para buscar a la joven que tan hipnotizado le tenía. Sin embargo, era demasiado arriesgado pues había muchas personas esa noche, no conocía cuáles eran sus dependencias y, por supuesto, podría generar un escándalo

enorme.

Un escándalo. Justo lo que él menos necesitaba en ese momento. Quería descartar la ironía del destino de enviarle a la mujer que podía ser perfecta para él en un momento como aquel. ¿Cómo podía ser tan caprichosa la rueda de la vida? Él deseaba una esposa y aunque se presentara ante ella no podía tomarla. ¡Maldiciones!

Puede que tuviera todo en su contra pero necesitaba conocer mejor a esa mujer. El hecho de que le hubiera dejado sin sentido durante el baile había sido significativo. No podía omitir esa realidad. Encontraba su mirada inspiradora, sus movimientos cautivadores y su belleza algo próximo a la misma perfección divina. Era una blasfemia considerarlo. Rosalind Bedford era, cuanto menos, perfecta.

No estaba dispuesto a comprometer a la joven pero haría cuanto estuviera en su mano por conocerla.

Al otro lado de la residencia el descanso tampoco había sido reparador para la hija pequeña del duque. La velada había sido un éxito y todos habían disfrutado. Sentía una unión perfecta con su madre en esa noche tan especial y, mirando al cielo, sonrió satisfecha pues sabía que ella estaría feliz. Sin embargo, los nervios que había sentido por los preparativos pronto se habían transformado por culpa de un hombre. Henry Dorset había sido, cuanto menos, un deseo inoportuno. ¿Deseo? Sí, esa era la única explicación posible.

Hasta en dos ocasiones había tratado de conciliar el sueño pero su mano fuerte, sus ojos penetrantes y su voz aterciopelada le acariciaban en sueños. Nunca antes había experimentado una melodía semejante en la intimidad de su dormitorio. Había oído hablar a mujeres sobre el anhelo pero, hasta esa misma velada, no había sido capaz de imaginarse presa de esas palabras.

Se imaginó a sí misma regresando en varias ocasiones hasta esa puerta. Hasta esa puerta que separaba la seguridad de su hogar del atrevimiento desmedido. Una puerta que le bloqueaba el acceso a un nuevo mundo. Ella jamás habría ido pues su pudor se lo prohibía pero dejó que sus sueños vagaran libres hasta allí. Llamó. Y el deseo abrió.



La mañana siguiente despertó con un manto blanco precioso cubriéndolo todo. Henry había sido de los primeros en levantarse y, aunque no conocía los pasillos de la residencia, se aventuró a recorrerlos guiado por el aroma a bollos. A mitad de camino se topó con un sirviente que le indicó cómo llegar hasta el comedor principal. La noche anterior había sido incapaz de memorizar sus pasos pues estaba demasiado atento a los movimientos de la joven Rosalind. Al llegar, su corazón saltó. La joven estaba sentada con tranquilidad mientras tomaba un pedazo de un bollo.

—Buenos días, señorita Bedford.

—Buenos días, señor Dorset —correspondió ella con más seriedad de la que habría deseado. Él lo apreció. ¿Por qué se comportaba así?

— ¿Le importa si le acompaño? —preguntó él esperando que ella le invitara a compartir la mesa y el desayuno. Una oportunidad perfecta para poder conversar antes de que otras personas llegaran.

—En absoluto, puede tomar cuanto desee —dijo ella. Henry sintió que esas palabras, dichas por sus labios, eran lo más tentador del planeta. Él deseaba tomar cuanto veía. Se castigó por ese pensamiento tan indecoroso aunque cierto.

—Gracias.

Él se sentó frente a ella. Provocando. Esperando.

Ella se mantenía firme. Decidida. Inmutable.

Él empezó a desayunar y el no ser capaz de generar una reacción en ella le molestó. ¿Qué había cambiado?

—Hace una mañana muy agradable. ¿Le gustaría dar un paseo por la propiedad?

— ¿Agradable? Hoy es veinticinco de diciembre, mi Lord. Hace demasiado frío como para salir a dar un paseo.

—No le tenía por una prudente.

—Puede que no me conozca lo suficiente —dijo ella con orgullo tratando de mantener las distancias. Se había prometido a sí misma establecer unos límites con ese hombre. Si una noche había sido suficiente para causar un caos tan considerable en su corazón y en su cuerpo, ¿qué no sería capaz de hacer un paseo por la blanca Navidad? No, tenía que mostrarse indiferente.

—O puede que usted misma no se conozca en absoluto —respondió él con rapidez. Ella elevó las cejas alarmada. Le había ofendido. Lo podía apreciar. Se maldijo a sí mismo por sus mezquinas palabras y rápidamente se disculpó con la joven quien había empezado a levantarse — Disculpe, de corazón. No pretendía decir que no se conociera es que...

— ¿Es que qué, mi Lord?

—Es que no puedo creer como una noche ha podido cambiar tanto.

Ella quería rehuir esa conversación. No estaba dispuesta a dar a conocer sus sentimientos y lo mucho que le importunaba su presencia.

—No sé de qué está hablando— negó ella tratando de salir de la sala no sin antes ser interceptada por el caballero quien se puso justo delante de la puerta para impedir que huyera.

—Por supuesto que lo sabe, Rosalind — dijo con seguridad clavando la vista en ella. Rosalind lo sintió. Sintió el calor brotando de los ojos de aquel hombre y recorriendo sin reparo para detalle de su cuerpo. Él no le estaba tocando y, sin embargo, sentía cómo su piel se encendía por momentos. Aquella sala, a pesar de su tamaño, resultaba asfixiante y pequeña. Quiso ser fuerte y fortificó lo que pensó que era su corazón y levantó la mirada. Pero, como había temido, no estaba preparada. No estaba preparada para el torrente de energía que emanaba de él. Un calor que parecía impactar en ella sacudiendo su realidad.

Henry le miraba. Con determinación. Con súplica. Con esperanza. Con vergüenza.

—Solo quiero poder conocerla, señorita Bedford. Sentir que hubo más que un simple baile agradable entre nosotros.

CAPÍTULO *seis*

Rosalind temblaba. Le parecía imposible que Henry evidenciara lo que ella había sentido y ansiado. ¿Él también había notado esa conexión especial entre ambos? Había sido apenas una noche, una conversación, un baile, unas miradas. ¿Podía ser suficiente para escoger a la persona con la que estaba destinada a compartir la vida? Era una locura.

Henry estaba esperando. Estaba plantado frente a ella ocupando con su cuerpo la única salida del comedor. Tenía que hacer frente al momento, a la incómoda situación y decidir qué hacer con su futuro. Podía mentir al caballero y evitar adentrarse en una aventura peligrosa o dar rienda suelta a lo que su corazón estaba empezando a sentir y ser libre.

No tenía ningún compromiso adquirido, era un hombre que, al parecer, agradaba a su padre y era evidente que ella sentía algo por él. Rosalind decidió saltar. No tenía nada que perder, ¿verdad?

—Más vale que tome mi capa para salir o caeré enferma.

—Dios no quiera eso, Rosalind —dijo él complacido al ver que ella aceptaba su ofrecimiento para pasear. Pero fue su sonrisa llena de picardía y satisfacción la que empezó a desarmar a la joven cuestionando se había tomado la decisión más sabia — Le esperaré en la entrada principal. Y en ese instante, Henry dio varios pasos a un lado para liberar la puerta y que ella pudiera regresar a su dormitorio. Cuando pasó por delante volvió a sentir cómo ese campo de lavanda invadía sus instintos hasta hacerlos presos. Había soñado toda la noche con su fragancia y con lo que sería poder recorrer su cuerpo para sentirla más cerca.

Rosalind tardó apenas unos minutos en cambiar su calzado, tomar su capa roja más recia y unos guantes. Era temprano en la mañana, hacía frío y por supuesto, era una completa insensatez salir al exterior con esas perspectivas pero no podía evitarlo. Había decidido saltar.

Ambos salieron de la propiedad y comenzaron a caminar por las inmediaciones. Ella le propuso tomar el camino que conducía a la alameda. No se dio cuenta hasta que llegó allí pero ese espacio confería una intimidad que no sabía si estaba preparada para tener. Había salido a caminar sin carabina y sin avisar a nadie en la casa. No era apropiado. Esperaba que nadie advirtiera su ausencia.

—Dígame, señorita, ¿por qué adora tanto esta temporada del año?

— ¿Cómo sabe que me gusta el invierno?

—No diría el invierno sino más bien, la Navidad. La casa está llena de color, vida, energía. Se nota que invierte tiempo en que sea acogedora y cálida. La decoración, las luces, las chimeneas, el aroma que impregna la casa. He estado en multitud de casas de duques, incluida la mía, y puedo decir que no había visto nada igual.

—Creo que tomaré su comentario como un cumplido—dijo ella resplandeciente. Le agradaba que el caballero hubiera apreciado sus esfuerzos por crear un ambiente único.

—Desde luego lo es, señorita.

—Desde niña siento una conexión especial con esta época. Además, mi madre disfrutaba mucho con los preparativos y supongo que es un espíritu contagioso —relató la joven con un brillo especial en la mirada. Él se sintió complacido porque, por primera vez en el día, volvía a ver esa fuerza que había contemplado en ella durante su baile. No era la joven temerosa de momentos atrás.

—Anoche preparó una velada maravillosa. La disfruté.—Me alegra escuchar eso. Y dígame, ¿cree que las posibles relaciones entre nuestros padres podrán ser fructíferas?

—Realmente lo espero. Anoche pude conversar con su padre durante bastante tiempo y me

sorprendió las ideas que tiene sobre la productividad en las fábricas.

— ¿No está de acuerdo con ellas?

—Por supuesto, considero que su padre es un hombre honesto, de ideas firmes y solidario con sus trabajadores. Por eso creo que las relaciones comerciales con mi padre podrían ser fructíferas. Tienen una mentalidad bastante similar.

—Me alegra escuchar eso.

—Un negocio de este tipo sería enriquecedor para la comunidad y sus gentes. Su padre posee una de las fábricas más rentables del país en la producción de algodón y mi padre, por otro lado, controla la comercialización de la materia al país y al extranjero.

—Suenan muy interesantes.

—Lo sería, sin duda —corroboró el futuro duque aunque omitió el hecho de que esas ideas no eran de su padre sino suyas propias. Su padre era diametralmente opuesto al duque de Bedford sin embargo, el rumbo que él mismo quería darle a la empresa una vez la heredara le acercaba más a él — Una asociación que reportaría múltiples beneficios a ambas familias.

—Parece entusiasmado por la idea.

—Por supuesto. La salud de mi padre es delicada en estos momentos y aunque conozco mis obligaciones desde hace muchos años pues soy su heredero fue hace poco cuando comencé a tomar las riendas de algunos de los negocios familiares. Finalicé mi visita por las grandes capitales europeas hace apenas unos meses y pude tomar ideas que seguro revolucionarán el ducado.

—Tiene mucha suerte, señor Dorset —expuso la joven con total transparencia. El entusiasmo que apreciaba en los intereses del joven le animaba a seguir creyendo que era un buen hombre — Puede aportar valor a su familia y a su título. En mi caso, al ser mujer, no podré heredar nada.

—Por lo que tengo entendido son tres hermanas.

—Correcto, será mi tío quien herede el título de duque y estas propiedades o nuestro primo en su defecto.

— ¿Y no le parece correcto?

—No puedo poner en juicio las leyes de nuestro país, solo soy una mujer —dijo agachando la cabeza resignada.

—Pero puede opinar al respecto si lo desea —le instó él tomando su mentón con su mano derecha y animándole a levantar la mirada. Quería saber su opinión — No la juzgaré de ninguna forma, señorita.

—Quiero mucho a mi tío, no me malinterprete, sin embargo no se si posee las aptitudes necesarias para heredar el ducado. Mi primo es más sensato y maduro que su padre y me temo que el ducado perderá toda la fortuna y honor que ha adquirido bajo la tutela de mi padre cuando llegue a manos de su hermano.

Rosalind no se lo podía creer. Compartir de forma tan abierta su opinión sobre el futuro del ducado y de su familia era algo inapropiado delante de un desconocido y ella lo sabía pero, por mucho que intentara castigarse por ello algo ocurrió. No se sentía mal. Al contrario. Sintió cierto alivio y, además, no consideraba a Henry Dorset un desconocido.

—Es una lástima.

—No importa. Mis hermanas están felizmente casadas y tienen una vida acomodada. Y yo...

— ¿Y usted? —preguntó él desestabilizando a la joven y poniéndola nerviosa. Había entrado en arenas movedizas.

—Por el momento no he encontrado opciones válidas para el matrimonio —respondió con

sinceridad— Además, disfruto de la compañía de mi padre.

— ¿Y no tiene deseos de formar su propia familia?

—Quizá algún día si... si conociera al hombre adecuado.

—Eso infunde esperanzas, señorita Bedford.

Rosalind se detuvo. Él no se dio cuenta de ello porque siguió caminando un par de pasos más hasta que apreció cómo la calidez que le rodeaba se marchaba poco a poco. Se giró y la vio. Ella le miraba con determinación. Con una fuerza en sus ojos que rivalizaba con la timidez que era más característica de ella. ¿Cómo no se había dado cuenta de lo poderosa que lucía esa mujer en mitad del páramo nevado?

— ¿Le ocurre algo, señorita? ¿Se encuentra bien?

Él se acercó poco a poco hasta ella. Rosalind notó la tensión crecer en cada rincón de su ser y se sentía incómoda. Incómoda porque no podía controlar lo que su cuerpo estaba experimentando. El caballero había roto todas las normas hasta situarse a escasos dos pies de ella. Podía apreciar sus profundos ojos, las ondas de sus cabellos, la marca pronunciada de su mandíbula, la pequeña cicatriz en la nariz y, por supuesto, su tez ligeramente bronceada.

— ¿De verdad desea conocerme, mi Lord? —preguntó ella con la primera pizca de locura que saboreó. ¿Por qué le había preguntado eso? ¿Acaso estaba loca? Era prepotente e inadecuado. ¿Qué pensaría de su osadía? Seguro que la tildaba de atrevida.

—No hay nada más en el mundo que desee más.

Fueron esas palabras las que terminaron por desestabilizar a la joven por completo. Fue la calidez de los ojos del futuro duque que sostenían con determinación su mirada, la forma en que terminó de romper los inoportunos pasos que les separaban, la lentitud con la que su mano derecha subió poco a poco por su cuerpo y la delicadeza con la que exploró su rostro como si fuera un bien delicado.

Rosalind cerró los ojos sintiéndose embriagada por la situación. Un extraño embrujo había atrapado su cuerpo y lo había dejado a la deriva sin poder tomar el control de él. Solo quería sentir su contacto. Y sin darse apenas cuenta liberó un gemido. Fue suficiente para enloquecer al joven heredero que se lanzó a capturar los labios de Rosalind.

Ella, sorprendida por el avance inesperado de Henry, trató de recobrar la sensatez pero le resultó imposible. Esa palabra no podía coexistir con el placer que experimentó al estar siendo amada por sus labios. Él recorrió con esmero cada rincón de su espalda para poder afianzar el contacto cuando notó que ella no oponía resistencia. Rosalind, complacida por la experiencia, tomó al joven de la chaqueta para acercarlo todavía más. En parte, motivada por una clara necesidad de mantenerse estable pues sus piernas estaban débiles y otra, la que más le satisfacía, porque no quería que Henry se alejara de ella.

Nunca.

CAPÍTULO *siete*

Aquella alameda fue testigo del primer acercamiento entre la joven pareja. Resistiendo a romper su contacto, Henry Dorset se sentía afortunado. En su mente había existido la remota posibilidad de besar a la dama pero nunca pensó que ella aceptaría de buen grado su acercamiento. Rosalind estaba participando de forma activa en su beso potenciando con sus suspiros y con la delicadeza de sus movimientos el deseo de él.

Ella, por otro lado, sentía que su cuerpo estaba fuera de su control. Que sus labios no le obedecían y que su corazón no le pertenecía. Allí, rodeada por los fuertes brazos de aquel hombre sentía que nadaba en un océano infinito de placer. ¿Era esto a lo que se referían sus hermanas cuando hablaban de la calidez que brotaba entre un hombre y una mujer?

—Henry —su nombre, dicho por sus labios, era un néctar imposible de dejar —Henry, por favor, debemos parar.

—Lo siento, yo... —trató de disculparse el joven dejando espacio entre ambos. Sus respiraciones estaban aceleradas y podía apreciar cómo su pecho subía y bajaba a un ritmo frenético. Sus labios todavía mantenían el sabor de la joven y sus manos se resistían a soltar a Rosalind.

—No se preocupe. No ha hecho nada que yo no deseara —terminó ella de decir con una mezcla de vergüenza y deseo. Él levantó la mirada con una esperanza renovada al no ver censura en sus comentarios. ¿Ella también lo había deseado? Por supuesto, ella había participado en ese beso. Un beso que ya había determinado el futuro de su corazón.

—Quiero ser sincero con usted, señorita Bedford. No vine aquí con el objetivo de encontrar esposa, al contrario, deseaba centrarme en mis obligaciones ducales y ser responsable con ellas. Sin embargo, no puedo negar que encontrarla ha sido una sorpresa.

—No quiero que juegue conmigo, señor Dorset —pidió ella temiendo que sus obligaciones pudieran ser más importantes que ella.

—Jamás, Rosalind, jamás —negó él acercándose otra vez a la joven para tomar su rostro entre sus manos. Quería que ella viera lo que había en su corazón como si sus ojos fueran un espejo —. Jamás le engañaría ni le haría creer menos de lo que es. Algo me unió a usted desde el primer instante en que la vi, señorita, y no puedo evitar pensar que nuestros corazones se pertenecen.

—Yo no he podido dejar de pensar en usted —dijo con sinceridad —. Su rostro está en cada pensamiento que cruza mi mente.

—Me hace muy feliz saber que corresponde mis afectos, señorita.

Ambos sonrieron pletóricos por el momento y por los secretos compartidos.

— ¿Cree que esto es una locura?

—Es bastante probable.



Y de esa forma, los jóvenes enamorados continuaron su camino hasta regresar a la entrada principal. Durante las dos horas que duró su paseo conversaron sobre aficiones, viajes, naturaleza, música y literatura.

A Rosalind le entusiasmó la idea de poder compartir tantos intereses con el caballero y a él, ver que la joven tenía facilidad para la palabra y unas opiniones personales muy bien forjadas

que defendía con pasión. La formación exquisita de ambos les permitió debatir sobre temas enriquecedores dándose cuenta que era personas complementarias.

Sin embargo, conforme los pasos les acercaban más y más a la propiedad Henry comenzó a sentir un nudo en el estómago. Allí, fuera de la casa eran libres de poder conversar, conocerse mejor e incluso, poder besarse. Pero ver a otras personas solo evidenciaba el segundo gran motivo por el que Henry había llegado al condado.

Cuando llegaron a la casa, Henry se despidió de manera fugaz con la joven intercambiando miradas y un leve contacto de manos. Era más de lo que él podía permitirse pues no quería que estallara un escándalo. Ya había resultado una temeridad besarla y haber dejado claras sus intenciones con ella le daba seguridad pero deseaba ser franco y hacer las cosas bien y, para ello, tendría que arreglar algunos problemas antes.

Rosalind entró en la casa creyendo que habían pasado meses desde que la dejó por última vez pues en una sola mañana había vivido más de lo que podría esperarse para una mujer soltera de su posición. Todavía no creía lo afortunada que era. Cualquiera podría pensar que era apresurado y una irresponsabilidad pero sentía que el destino había trazado ese plan para ella. Había conocido a Henry la noche anterior y desde ese mismo instante le consideraba el dueño de su corazón. ¿Acaso había algo más inesperado que eso?

La forma en que le había salvado de un momento de nervios extremo, la intensidad de su baile, la calidez de su mirada, la fluidez de su conversación, la pasión de sus labios y las esperanzas contenidas en sus palabras declaraban a los cuatro vientos que era su hombre.

Trató de centrarse en sus ocupaciones del día. El resto de los invitados se habían marchado a sus hogares al comprobar que la mañana había quedado despejada de la ventisca. Si bien el camino seguía nevado, el temporal no dificultaba su avance. Tenía una celebración que preparar y aunque la mayoría de los detalles estaban cerrados no podía dejar nada sin resolver.

Henry, por otro lado, se acercó para hablar con el duque sobre negocios. Cuando el señor de la casa le invitó a pasar las Navidades con ellos con el fin de agilizar los trámites y poder conocerse lo antes posible no esperaba un desenlace como aquel. No esperaba que la hija menor del duque fuera tan extraordinaria.

El duque le invitó a quedarse con ellos unos días más lo cual emocionó en gran manera al joven. Podría permanecer bajo el mismo techo que Rosalind y conocerla mucho mejor hasta sacar la valentía de pedir su mano en matrimonio. No quería que el duque pensara que era algo precipitado y deseaba cortejarla de forma adecuada sin embargo, tenía que ausentarse de la casa para resolver sus diligencias.



El día de Navidad transcurrió con total normalidad y unidad. El invitado se sintió como en casa gracias a la gran hospitalidad del duque y su hija. Conforme las horas y las conversaciones sucedían le quedaba cada vez más claro que esa joven era cuanto deseaba y quería en una esposa. Era tierna, cuidadosa, afable, con buena conversación, juiciosa, talentosa, hermosa y con una mirada tan dulce como la miel. Era imposible reprimir sus sentimientos.

Apenas había pasado un día y para él, ya tenía claro que no deseaba un futuro si ella no estaba en él. Además, la forma tan especial en que hablaba con su padre y lo importante que era para ella la familia le decía que era la persona perfecta para complementar su esencia y su corazón. Él siempre había temido la soledad que acompaña al título de duque pues su padre había perdido también a su madre hace algunos años y le había castigado con un temperamento huraño y

taciturno. El duque de Bedford, aunque había experimentado la misma tragedia en sus carnes, tenía otra forma de afrontar la vida. Henry pensó que, en gran parte, era gracias al ángel que tenía por hija.

Deseaba casarse con ella. Esa era la verdad. Nunca había tenido algo tan claro en toda su vida. Puede que tuviera buen ojo para los negocios, que supiera negociar como nadie y que, incluso, estuviera preparado para suceder a su padre en el título y sus obligaciones pero, en ese instante, se sintió como un niño cobarde. Cobarde porque tenía demasiados problemas a sus espaldas como para solicitar una audiencia con el hombre que tenía delante para pedirle la mano de su hija.

Vio la imperante necesidad de resolver sus asuntos lo antes posible pero requería algo de tiempo y lo peor, alejarse de ella. Lo hacía para poder cortejar a la joven con libertad tal y como se merecía y, con las semanas, solicitar su mano. Decidió que se quedaría en el condado el tiempo que fuera necesario. La excusa de los negocios ofrecía el marco perfecto para ello. Solo necesitaba tiempo.



Rosalind se sentía exultante. Pletórica. Al otro lado de la sala se encontraba conversando con su padre el único hombre que había dejado una huella imborrable en su corazón. Para ella, ese profundo beso, había cambiado su mundo. Durante muchos años había cerrado su corazón a la posibilidad de encontrar el amor por miedo a abandonar a su padre. Había inventado decenas de excusas para rechazar a pretendientes que tenían recomendaciones y provenían de buenas familias. Pero con el corazón emocionado y los labios que todavía podían saborear el amor de Henry tuvo claro que todo había cambiado. Que por él estaba dispuesta a renunciar a todo.

Era cierto que tenía poca información sobre el caballero en cuestión. Pero apenas unas horas habían sido suficientes. Ninguna promesa había sido mencionada ni ningún vínculo establecido entre ellos. ¿Sería acaso eso el preludio de algo nefasto? ¿Y si su comportamiento osado había resultado repulsivo para el joven heredero?

Una serie de preguntas oscuras recorrieron su mente hasta opacar su corazón. Bajando la mirada para abstraerse en su autocensura captó la atención de Henry. Él tosió. Ella levantó la cabeza. Su sonrisa cálida fundió cualquier ápice de duda. Allí estaba. Era amor. Podía sentirlo. Su mirada le estaba abrazando desde el otro lado del salón mientras le proporcionaba sosiego. No había duda de que él compartía sus sentimientos.



Esa misma noche esperaban la llegada de las hijas del duque. Era la noche de Navidad y esperaban poder cenar en familia para dar gracias por el reencuentro.

—No tiene que quedarse si no lo desea, señor Dorset —dijo ella esperando con todo su corazón que él insistiera.

—Al contrario, señorita Bedford. Nada me encantaría más que compartir esta noche con usted.

El duque se había ausentado durante unos instantes para consultar con varios miembros del servicio acerca de la preparación de las caballerizas para hospedar a los caballos de sus hijas ofreciendo el marco perfecto para un nuevo acercamiento.

— ¿De verdad desea quedarse?

—No puedo ocultar que me siento ansioso. Nervioso. Pero no es por incomodidad. Sino por deseo. Reprimir mis ganas de besarla de nuevo es casi imposible que no puedo dar crédito a que el duque no haya advertido mis intenciones.

Ella quedó más que complacida con la respuesta y sonrió. Él se alegró de haber ayudado a disipar cualquier desconfianza o incertidumbre que tuviera.

—Mi padre no es muy observador en cuanto a cosas del corazón se refiere. Mi cuñado le solicitó dos veces la mano de mi hermana mayor antes de que comprendiera que estaban hablando de matrimonio —expuso la joven causando risa en ambos.

Henry rompió todas las normas y se acercó a ella hasta que sus rostros quedaron unidos. Quería volver a besarla pero era cuanto menos arriesgado pues el duque o cualquier otra persona podría entrar en cualquier momento.

—Puede creerme, señorita, que llegado el momento, si hiciera una propuesta a su padre él comprendería perfectamente mis intenciones.

Ella se ruborizó. Sus manos temblaron.

—Todavía no puedo creer que esto sea real. ¿Acaso mi mente me engaña con sueños infantiles?

—Si esto es un sueño, Rosalind, prefiero no despertar —declaró el joven y con esas sentidas palabras se acercó a sus labios terminando de sellar su sincera promesa. Fue un beso apresurado pero sentido. Cargado de anhelo y fervor. Ella trató de retenerlo pero unos pasos procedentes del pasillo les obligaron a separarse.

CAPÍTULO *ocho*

—Y díganos, ¿planea establecerse de forma permanente en el condado? —preguntó Pauline curiosa durante la cena. Todos los presentes sentían interés por el invitado.

—No podría decir que de forma permanente, duquesa. Debo resolver unos asuntos privados y por supuesto, afianzar las relaciones comerciales con su padre. No puedo negar que me gustaría alquilar una propiedad para pasar una larga temporada pero, tras la muerte de mi padre, Dios no quiera que sea pronto, tendré que tomar posesión de la residencia principal y hacerme cargo de todas las responsabilidades del título.

—Seguro que la futura duquesa se sentirá afortunada de tener un marido tan diligente —afirmó la mayor de las hermanas guiñando un ojo a su otra hermana quien advirtió el aviso. Sabía el giro que Pauline quería dar a la conversación.

—Y con una fortuna tan grande, si me permite añadir —complementó Margaret con un tono divertido causando censura en unos, estupor en otros y risas comedidas en otros.

—El comentario ha quedado fuera de lugar, Margaret — censuró Rosalind drásticamente. Ella no lo había pensado hasta el momento pero sus hermanas tenían razón. El duque necesitaría una esposa muy preparada para acompañarle en las obligaciones del título y de su gran propiedad. ¿Sería ella la indicada? Sin duda tenía la educación y la preparación necesarias para ello.

—Oh, querida hermana, seguro que el futuro duque tiene tiempo entre sus ocupadas diligencias para visitar los salones del condado y poder satisfacer los deseos de las solteras y sus madres.

—No reniego del matrimonio ni de las oportunidades que puedan encontrarse en el condado, sin embargo, por el momento, creo que encuentro más satisfactorio la tranquilidad propia de la Navidad —rebatía Henry tratando de calmar a Rosalind que se encontraba frente a él. Era evidente que las palabras de sus hermanas le estaban incomodando y quería dejarle claro que estaba todo controlado.

— ¿Tranquilidad? No sé si podría definir como tranquilas estas fechas si ha decidido alojarse en nuestra residencia familiar. Nuestra querida hermana es demasiado intensa cuando se refiere a estas festividades —evidenció Margaret para vergüenza de la menor de ellas quien sintió cómo el rubor impregnaba sus mejillas.

—Encuentro acogedor su espíritu festivo —respondió Henry con seguridad esperando que su mensaje calara en la persona adecuada. Podía sentir la complicidad entre las hermanas pero, por algún motivo, Rosalind se sentía pequeña a su lado pues no había logrado rebatir sus comentarios.

—Me complace saber que está disfrutando de su estancia, joven —dijo el señor de la casa — Con toda seguridad podremos tratar los temas que nos atañen con mayor celeridad. No me gustaría retener al joven y causar un conflicto con el duque.

—Al contrario, estoy seguro que mi padre se mostrará satisfecho de saber que su futuro socio tiene una familia tan encantadora que ha mostrado toda su cortesía en acogerme. ¿No lo cree así, señorita? —preguntó Henry refiriéndose a Rosalind. Trató de llamar su atención pero la joven estaba perdida en sus pensamientos. No veía el momento de intervenir pero ver el curso que la conversación estaba teniendo por culpa de sus hermanas le hacía sentirse incapacitada.

—Puede quedarse tanto tiempo como desee.

Fue lo único que se atrevió a decir. Ambos se miraron. Ella sonrió con timidez. Él lo agradeció. Esa mirada era todo cuanto necesitaba para saber que estaba a su lado.

—Será hasta que pueda encontrar algo a su altura, querida hermana. No quedaría en buen lugar si lo hiciera. Los vecinos podrían pensar que el ducado no tiene posibles como para provenir de una residencia confortable a su heredero.

El resto de la cena fue igual de tensa y la incomodidad se estableció en el corazón de Rosalind. Por varios comentarios que se habían dicho durante la velada, sentía que ella podría ser insuficiente para poder desposarse con el duque. Sus hermanas no lo habían hecho con malicia pues no sabían de la secreta relación entre dos de los presentes en la velada pero habían herido con ella a su hermana menor.

Henry, aunque había participado de forma activa en la conversación, se sentía mala persona pues al otro lado de la mesa, la dueña de su corazón lucía reflexiva. Por norma general, conocía la capacidad de las mujeres para pensar más de lo apropiado pues sus hermanas eran así. Por ello, se acercó a ella tan pronto como le fue posible y entre susurros le hizo una misteriosa petición.

—Reúnase conmigo a medianoche, por favor. Deseo hablar con usted.

Rosalind se quedó sin palabras al escuchar su petición. No sabía qué contestar. ¿Debía aceptar? ¿Debía rechazarle? En verdad era una propuesta totalmente indecente y escandalosa. ¿Quería verla a medianoche? Eso significaba que se verían sin la presencia de carabina ni de familia. Rosalind se puso más nerviosa todavía.

Cuando la velada terminó, las hijas mayores del duque y sus respectivos esposos se despidieron para poder regresar a sus casas. El tiempo no había mejorado respecto a la noche anterior. La nieve seguía presente en el camino y el viento había endurecido la temperatura sin embargo, ellos poseían unas calesas recias y tenían demasiadas ganas de regresar a casa.

Rosalind estaba nerviosa. Sentada en el borde de su cama recordaba una y otra vez la forma tan práctica y cortés con la que Henry se había despedido de ella en presencia de su padre. ¿Cómo podía mostrarse tan tranquilo tras la propuesta que le había hecho?

El reloj del comedor principal que había sido un precioso y caro regalo de aniversario del duque a su difunta esposa sonó por última vez marcando el inicio de un nuevo día. Era el momento. Rosalind se había enfrentado al debate más complejo de su vida: bajar podría poner en peligro su reputación pero no bajar podría ser una maldición que caería sobre su corazón. Sin embargo, había decidido qué debía hacer.

Bajó con cuidado las escaleras hasta llegar al pequeño salón que estaba más alejado de la zona central de la casa. Al entrar dentro apenas pudo ver nada. La noche era cerrada y aunque las ventanas permanecían despejadas solo unos tímidos resquicios de luz de luna dejaban entrever la distribución de la sala.

— ¿Lord Dorset? —preguntó en voz baja para no llamar la atención.

—Henry, soy solo Henry — respondió él levantándose de una pequeña butaca que se encontraba justo detrás de la puerta. Había permanecido inquieto, levantando y sentándose una y mil veces, durante las últimas dos horas. Pero al notar que la puerta se abría por fin pudo respirar —Me alegra verla aquí, Rosalind.

Ella se giró temerosa. Se llevó la mano al corazón tratando de que este no se saliera de su pecho. Ese gesto fue tomado como una súplica y el caballero interceptó su mano para rodearla con las suyas.

—Siento mucho si le he asustado. No era mi intención. No sabía si vendría.

—Confieso que he tenido dudas. Este encuentro es demasiado imprudente, Henry —confesó ella sintiendo su voz temblar al llamarle por su nombre. Era una nueva intimidad entre ellos. Él se sintió satisfecho.

—Lo comprendo y debo disculpar mi osadía. Es algo censurable y no lo habría sugerido si no

deseaba hablar con sinceridad con usted.

—Dígame.

Henry dio un último paso al frente hasta descargar todo el deseo contenido sobre sus labios. Ella reaccionó a su atrevimiento de la única forma que podía: dejándose llevar. Había meditado durante horas cómo debía comportarse pues era una dama y sabía que nada casto podía ocurrir si se reunía con un caballero durante la noche. Pero cuando sus labios tocaron los suyos se disiparon todas las dudas.

Las manos de él comenzaron a explorar con habilidad la espalda de Rosalind, a recorrer sus caderas, sus hombros y su rostro de nuevo. Deseaba conocer cada detalle de ella. Atesorarla. Amarla. Ver la confianza que estaba depositando al no censurar su acercamiento le embriagaba. Rosalind respondía con entusiasmo a su beso y eso le estaba excitando más de lo esperado.

Sabía que debía reprimirse pero no era capaz. Con lentitud llevó su mano hasta uno de sus senos. Ella dio un pequeño salto pero sintió su avance como seguro. Confiaba en él. Había encendido una llama en ella imposible de apagar. Sentía un calor extraño propagándose de forma descarada. Pasión.

Henry esperó. Esperó paciente durante unos instantes tras descubrir con delicadeza uno de sus pechos y dejarlo al aire. Quería que fuera ella quien le detuviera. Que fuera ella quien impusiera sensatez en ese momento. Él no podía parar.

Aquello era lo más censurable que había vivido nunca y por más indecoroso que pareciera el instante, Rosalind lo deseaba. Ansiaba las experiencias que eso pudiera ofrecerle. Los ojos de ambos conectaron tras romper su ardiente beso.

—Dígame que pare, por favor. Dígame que...— suplicó Henry antes de ser interrumpido por un beso. Ella le había atrapado en esa ocasión para demostrarle que no deseaba refrenar el momento. Quería sentirlo por completo. Él, complacido, continuó.

Se puso de rodillas y capturó con sus labios ávidos su pezón. Jugó con él, lo saboreó, lo mordió. Intensificó, suavizó, revolvió... Logró volver loca a una joven que había cerrado los ojos. No por pudor. No por vergüenza. Sino por placer. Por pura satisfacción y deleite.

Ella gimió su nombre y él, borracho por la situación, intensificó su avance agarrando a la joven por la espalda para evitar que se cayera. Sentía que su entrepierna demandaba algo más. Quería sentir a la joven en su plenitud y hacerla suya. Pero tras adorarla tanto como se merecía se separó de ella. Se odiaba a sí mismo por refrenarse pero debía hacerlo.

—Rosalind, por favor, dígame que pare.

—No lo haga, por favor. Enséñeme todo cuanto puede ser —dijo ella extasiada sin retirar la mirada de su amante. Se sentía empoderada, fuerte. Muy lejos de la joven inocente que había cruzado la casa a hurtadillas en mitad de la noche.

—No hay nada que desee más, puede creerme —comenzó a decir Henry mientras se ponía en pie justo delante de ella. Tomó de nuevo su rostro entre sus manos y le miró con devoción — Es el mejor regalo de Navidad que podría tener, Rosalind.

—Nunca pensé que el amor pudiera ser así de intenso —confesó ella sintiéndose avergonzada nada más pronunciar la palabra clave. Amor. Ella lo sentía. Cada pedazo de ella lo gritaba. Le amaba.

Por un instante, el fuego presente en la mirada de Rosalind se oscureció y él lo apreció. Una duda surgió en ella. Sintió que algo en la mente de la joven había reflexionado y que podía perder su oportunidad de demostrarle lo mucho que la quería si no actuaba en ese instante.

—No quiero que piense, ni por un instante, que mis intenciones son vacías o que trato de aprovecharme de usted, Rosalind. Quiero decirle aquí y ahora, con esta preciosa noche

guardando nuestro secreto, que adoro cada suspiro de sus labios, que ansío conocer cada uno de sus recuerdos.

—Oh, Henry.

—Puede que le cueste creerlo pero le pertenezco desde el primer instante en que la vi. Nunca antes he conocido a una mujer igualable a usted —dijo él abriendo totalmente su corazón a Rosalind. Ella, que le miraba con los ojos vidriosos parecía pletórica por sus palabras.

—Eso es precioso, mi Lord.

—Nada de formalismos, nada de títulos, nada de familias ni pasado. En esta noche solo somos Rosalind y Henry, dos personas unidas por el amor.

—Nunca pensé que un hombre fuera a decirme semejante declaración, Henry.

—Y no habrá más quien se la haga, Rosalind. Puede estar segura de ello.

— ¿Significa lo que creo? —preguntó aturdida. Las palabras del caballero le habían conmovido tanto que era incapaz de pensar.

—Significa que quiero ofrecerle mi promesa más sincera. Puede pensar que estoy completamente loco y es posible que los demás lo piensen, por supuesto, pero creo que cuando se siente algo tan intenso es imposible de negar la verdad. Y no quiero hacerlo. Siento que he conocido a la mujer con la que deseo compartir mi vida y no estoy dispuesto a perder nuestra oportunidad de ser felices. Deseo establecer un compromiso con usted. ¿Quiere casarse conmigo?

CAPÍTULO *nueve*

No hay nada que Henry tuviera más claro que eso. Quería casarse con esa mujer y por ello, había decidido citarse con ella para ofrecerle su más sincera palabra de caballero para un compromiso. Puede que el duque considerara que era algo inoportuno, prematuro e irracional pero el amor no era algo que pudiera planificarse. Era algo inesperado, intenso y misterioso. Algo que golpeaba el corazón y lo azotaba como una tormenta. Así se sentía él.

— ¿Puede ser verdad lo que estoy escuchando? —preguntó Rosalind con lágrimas de felicidad en los ojos. Se sentía tan dichosa que no era capaz de articular palabra.

—Tan verdadero como que el sol brillará mañana por nosotros, mi querida Rosalind.

—Creo que no puedo estar más feliz.

— ¿En verdad también lo desea, Rosalind? —preguntó él con voz suplicante. Se moriría si ella le dijera que no —Dígame que siente lo mismo que yo y que acepta ser mi esposa.

—Nunca habría soñado una felicidad tan grande. Desde el primer instante en que sus manos me rescataron durante el baile sosteniendo las mías supe que era el hombre correcto.

—Usted cambió mi mundo cuando vi sus ojos color miel. Estoy perdido sin usted, Rosalind.

—Sí, por supuesto que sí. Acepto.

Y sellaron su promesa con un apasionado beso del que solo la luna fue testigo. Dejaron que sus caricias, sus abrazos, sus besos y las decenas de suspiros que se escapaban de sus labios fueran los pregoneros de su amor.

—Siento mi corazón explotar. ¿Cuándo podremos compartir la noticia? —preguntó ella con entusiasmo no dando crédito al hecho de que era una mujer comprometida. Estaba impaciente por compartir la noticia con todos, especialmente con su padre.

—Siento que debo hacer las cosas como es debido. Nuestros encuentros, aunque han permitido revelar nuestros sentimientos, son censurables como bien sabe. Hablaré con su padre llegado el momento.

—Tiene razón.

—Quiero pedirle algo más, Rosalind —él tuvo miedo. Miedo porque estaba a punto de pedirle algo que podría resultar incomprensible — Necesito tiempo. Tengo algo que resolver que me mantendrá alejado de usted durante unos días. En primer lugar debo hablar con mi padre. Odio tener que pedirle que me espere pero necesito ausentarme.

— ¿Ausentarse? Pero si acaba de llegar. No puede dejarnos ahora —dijo ella asustada. ¿Por qué tenía que marcharse justo después de haberse prometido?

—No es algo que yo desee, por favor, créame —añadió él con gran pesar en el corazón. Odiaba ver cómo esa chispa de plenitud que reflejaban sus ojos se marchitaba por la noticia.

—Está bien. No se preocupe, puedo esperar. Después de todo he esperado toda mi vida a que llegara hasta mí. ¿Qué importan unos días más?

—No merezco un ángel como usted.

Y sellando sus palabras y promesas con un beso, los jóvenes amantes se despidieron compartiendo un secreto.



Rosalind subió hasta su dormitorio y aunque se arrojó sobre la cama y trató de conciliar el sueño sabía que no lo lograría pues su mente solo recordaba una y otra vez el tacto de Henry, sus caricias, sus besos, la forma tan intensa en que había devorado su pecho y la dulzura de su promesa.

Una promesa de futuro. Una promesa de matrimonio. Rosalind no daba crédito a todo cuanto había ocurrido en su vida en apenas dos días. Se levantó rápido de la cama y miró por la ventana al cielo estrellado. Podían distinguirse con total nitidez. ¿Acaso ese destino inesperado era el regalo de su madre? Esperaba que sí.

Emocionada y prometida en secreto trató de descansar pues le esperaban días llenos de emociones.



Al otro lado de la casa, en un pequeño cuarto que no había querido cambiar a pesar de que ya estaban disponibles dormitorios más apropiados a su posición, Henry trataba de ordenar sus pensamientos. Había hecho lo correcto, lo sabía. Ofrecer su promesa era lo que debía hacer puesto que sus sentimientos le imposibilitaban abandonar la calidez que esa joven le había transmitido. Había encontrado en ella un hogar al que pertenecer.

La intensidad de su encuentro casi le había nublado el juicio pues él había acudido allí con el firme propósito de hacer una propuesta de matrimonio. Ver la entrega de la joven le maravilló. Había depositado una confianza en él que era invaluable y él se lo había recompensado con una propuesta. Una propuesta que debía permanecer en secreto. En parte, Henry había alegado que era la fugacidad de su cortejo lo que llamaría la atención de su padre pero, él sabía que no era toda la verdad.

Le había pedido tiempo. Un tiempo valioso que él no mal emplearía.

A la mañana siguiente él tendría que partir para solucionar de una vez por todas el pasado. Pero antes quiso dejar una nota escrita a la joven para decirle que pronto regresaría a su lado y que, pasara lo que pasara, recordara su promesa.



El sol despertó a la joven enamorada que descansaba plácida sobre su cama. Finalmente, el cansancio había ganado la batalla y había dormido entre sueños de amor y placer recordando una y otra vez su momento con Henry.

Bajó a desayunar esperando encontrar a su caballero pero no estaba allí. Tampoco lo encontró en el salón, ni en el despacho de su padre, ni en las caballerizas, ni en la parte trasera de la propiedad, ni en la alameda. ¿Dónde estaba?

Rosalind estaba confusa. ¿Era posible que todavía no se hubiera despertado? Aunque apenas conocía sus hábitos en el hogar sospechaba que no era algo propio de él. No obstante, se acercó hasta un miembro del servicio para consultar.

—Isabella, ¿sabe dónde se encuentra Lord Dorset?

—El caballero se ha marchado esta mañana a primera hora, señorita.

—¿Marchado? —preguntó contrariada. Cuando le pidió que le esperara no imaginó que su partida sería algo tan inminente — ¿Está segura?

—Desde luego, mi esposo preparó su calesa para la marcha.

— ¿Y no dejó señas de su destino?

—Me temo que no, señorita. ¿Esperamos que regrese pronto?

—No lo sé — respondió ella con tristeza.

No lo sabía. Esa era la verdad.

¿Por qué apresurarse? ¿Qué necesidad había? No se había despedido de ella. No había dicho adiós.

—Señorita, él me hizo entrega de esta carta para usted.

La señora se la entregó a Rosalind quien se sentó en una de las butacas del salón para poder leerla con calma. En ella le pedía que tuviera confianza en ellos, que estaba trabajando en el futuro de ambos y que pronto regresaría a su lado tal y como le había prometido. Ella guardó la breve carta con cuidado y continuó con su día tratando de no pensar demasiado en su partida.

Pero, sin poder evitarlo, la euforia que sentía la joven se disipó como una nube. Ella, que solo deseaba ver a Henry para conversar con él y poder conocerle mucho mejor tenía que afrontar el hecho de que había desaparecido. ¿Cuándo regresaría? Deambuló como un fantasma por la casa.

—Volvemos a quedarnos solos en la casa, mi querida Rosalind —dijo su padre dando consuelo a su hija. Había advertido que su hija parecía afligida y eso le llamó la atención pues nada parecía perturbar su ánimo.

— ¿Le ha comentado Lord Dorset cuándo tiene previsto regresar? —aprovechó para saber si su padre tenía más información.

—En verdad, no. Me ha comunicado que no estará mucho tiempo lejos y que regresará tan pronto como ciertos asuntos familiares se lo permitan.

— ¿Se ha marchado fuera del condado? —preguntó contrariada al advertir que su padre había mencionado al Duque de Dorset.

—En verdad, hija mía, poco puedo decir al respecto. No obstante, estoy seguro que podremos seguir con nuestras vidas y regresar a la normalidad. Odio admitirlo pero siempre me causa dolor de cabeza tener a tus hermanas por aquí. Tienen una voz demasiado estridente y me había acostumbrado a la paz de nuestra convivencia.

—Padre, eso no es justo. Además, han sido unos días muy agradables.

—Por supuesto. El joven heredero parece un hombre honrado y, sin duda, se ha ganado mi favor. Estoy deseando establecer relaciones comerciales con su familia. Seguro que será un gran duque.

—Yo también estoy segura de ello.

Y con esas palabras, el duque y su hija regresaron a la normalidad en aquella gran casa. Conforme los días transcurrían las fuerzas de la joven decaían y su ilusión se veía menguada. Soñaba en secreto con Henry pero las pesadillas amenazaban al despertar cuando recordaba que él se había marchado y que no había regresado todavía.

¿Por qué no le enviaba una simple nota? Habían pasado diez días desde su encuentro en el pequeño salón y empezaba a pensar que había sido una simple ilusión de su mente. Que quizá, sus ansias de matrimonio y felicidad le habían llevado a imaginar a un hombre que cumplía con sus expectativas. ¿Podría ser así?

No. Henry había existido y el ardiente recuerdo que guardaba de ambos a medianoche era suficiente para declarar que su amor había sido real. Él le había pedido que le esperase pero, ¿hasta cuándo? ¿Cuándo aparecería? Ella tenía paciencia pero su mente jugaba con pensamientos que tergiversaban sus deseos.



Un mes y medio más tarde, Rosalind fue invitada a tomar el té a casa de una de sus buenas amigas. Era costumbre, una vez al mes, realizar este ritual para poder reunirse y cotillear sobre los acontecimientos del condado o lo poco que podía ocurrir fuera de la temporada.

Ella no estaba entusiasmada en aquella ocasión. No se sentía con fuerzas de aparecer y el hecho de no poder compartir la mejor noticia que le había ocurrido en su vida tampoco le animaba a dar el paso. Sin embargo, su padre le había instado a ir. Quería que sonriera de nuevo.

—No me gustaría tener que tirar este vestido, apenas lo he usado dos veces.

—Creo que no se aprecia tanto como tú crees, Clodette —dijo una de las jóvenes en relación a una mancha prácticamente imperceptible que tenía el vestido de la primera. Todas se conocían desde niñas así que la cercanía era algo que primaba entre ellas — Si no lo hubieras resaltado puedo prometer que no habría reparado en él.

—No pasa nada. El terrible desenlace de este vestido solo augura una nueva visita a la modista para mí —dijo la egocéntrica joven que solo tenía deseos de gastar parte de la fortuna familiar para satisfacer su vanidad. Detalle que Rosalind conocía a la perfección.

—Todavía conservamos intacto el vestido que encargamos para la velada de Nochebuena. Quedamos destrozadas, Rosalind, por no poder asistir a la cena anual. Lo sentimos muchísimo —dijo Cassidy — Ese resfriado fue devastador.

—Sí, Rosalind. Sentimos no haber ido. Pero era la decisión más responsable para evitar enfermar a otras personas.

—No os preocupéis. Lo comprendí totalmente —aseguró Rosalind. Puede que fueran vanidosas pero sus amigas jamás le habían mentido y sabía que se sentían mal al respecto.

—Comentó la marquesa que fue una velada maravillosa. ¿Ocurrió alguna cosa digna de mención?

Todas las miradas estaban puestas en ella. Deseaba decirles que sí. Que conoció al hombre de su vida. Que estaba enamorada. Que estaba prometida. Pero no pudo.

—No, nada reseñable.

—Esperaba que hubiera ocurrido algo interesante. Mi tío me comentó que asistieron varios solteros de fuera del condado. Mala suerte la nuestra no haber podido ir. Seguro que habríamos podido bailar con ellos.

—¿Solteros? ¿Quién fue? Debes decirnos de inmediato, Rosalind.

De nuevo, todas las miradas regresaron a ella.

—Desconozco la situación de todas esas personas. Llegó el señor Colton, primo segundo del marqués de Lansdowne.

—¡Oh, he oído hablar de él! Dicen que tiene poca fortuna en el juego.

—Nadie recomendable entonces. Consumiría nuestra fortuna antes que nosotras mismas —dijo Mery entre risas arrancando un momento divertido entre todas.

—También estaba el señor Salisbury, hijo mayor del duque.

—Coincidí con él una vez en Londres —confesó Cassidy—. Un joven digno de mención, sin duda.

—Y por último, el señor Dorset, hijo del duque. Aunque él era un futuro socio más que un pretendiente a tener en cuenta —mencionó Rosalind en tono más bajo esperando que ese caballero pasara inadvertido.

—¿Henry Dorset? —preguntó Clodette luciendo confusa — Aquí creo que te equivocas, querida amiga.

—No, no me equivoco. El futuro duque estuvo en la cena.

—Ah, no dudo que estuviera en la velada, Rosalind. Me refiero a que no es un hombre soltero.

De hecho, se encuentra comprometido.

CAPÍTULO diez

«De hecho, se encuentra comprometido».

«Comprometido».

Fue en ese instante cuando Rosalind sintió que todo el mundo se desmoronaba.

Dejó de escuchar las voces a su alrededor. No podía respirar. No podía pensar. Apenas podía percibir el latido de su corazón. Una dolorosa presión se instauró en el pecho robándole el aliento y oprimiendo su cuerpo. Dolía. Dolía mucho. Durante una fracción de segundo creyó escuchar un crujido. Un simple chasquido desencadenó el peor instante de su vida: su corazón se había roto.

«Comprometido». Esa palabra golpeaba salvaje sus recuerdos.

Quiso conceder el beneficio de la duda a Henry y pensar que era posible que hubiera compartido su buena noticia con otros miembros del condado antes de irse pero no era posible. Él mismo había sido quién le había pedido que guardara el secreto hasta que llegara el momento adecuado y no conocía a nadie salvo a los presentes en la vela de Nochebuena. No había motivo para que ellas conocieran la verdad sobre su compromiso.

Entonces, solo había una explicación posible. Una que parecía encajar en su mente a la perfección y que le desgarraba por dentro. Una verdad que dolía demasiado. Henry ya estaba comprometido con otra persona. Una persona que no era ella.

Volvió a sentir ese golpe pero esta vez, en el corazón. Henry, su Henry estaba comprometido con otra mujer.

Había tenido el valor de seducirla durante una noche en la que se sentía conmovida por los recuerdos, le había embaucado con palabras bonitas y promesas de amor y después, le había abandonado. Él mismo le había dicho que debían esperar para formalizar su compromiso. Que debía solucionar unos temas antes de regresar junto a ella. ¿Era acaso mentira todo lo que habían

vivido? ¿Acaso debía romper su compromiso previo para estar con ella? Ella estaba dispuesta a permitir un escándalo por él y ahora se sentía la joven más incrédula de toda Inglaterra.

Trató de mantener la compostura mientras todas las demás jóvenes continuaban su animada conversación llena de chismes y comentarios maliciosos. No había más ocupaciones para una joven en ese momento del año salvo reunirse con sus amigas para comentar este tipo de cosas. Pero, en esa ocasión, ella era el motivo de mofa.

¿Qué habría pasado si ella no hubiera hablado con sus amigas? ¿Habría salido la verdad a relucir? ¿Él le habría confesado que estaba ya prometido? ¡No, no lo habría hecho! Porque no lo hizo. Tuvo el descaro de hacerle promesas de amor cuando su futuro ya estaba unido al de otra joven. Recordó la vehemencia con la que Henry confesó sus sentimientos y se sintió de nuevo una ingenua.

Rosalind pensó que todo había sido demasiado bonito para ser verdad. Y, sin duda, no era el regalo que su madre tenía preparado para ella esas Navidades.

Con el corazón roto y reprimiendo unas inmensas ganas de llorar, Rosalind regresó a pie hasta casa. Indicó al cochero que regresara a la propiedad y ella, junto a una de sus carabinas, caminaron lentamente. Indicó a su acompañante que le esperara más atrás y cuando se sintió preparada empezó a llorar. Lloró desconsolada agarrando su pecho pues dentro se encontraba un corazón maltrecho. La congoja no le permitía respirar con regularidad y tuvo hipo. Por mucho que tratara de calmarse le resultaba imposible. Su tristeza no encontraba sosiego. Finalmente, su carabina se acercó y la estrechó entre sus brazos.

Tardó más de lo esperado en llegar a casa y pronto la noche comenzó a llegar y con ella, el frío. Su carabina le insistió para que regresaran a casa lo antes posible o correrían el riesgo de caer enfermas. Ella, recobrando parte de la sensatez perdida en los últimos días, hizo caso y aceleró el paso.

No quiso compartir nada con su padre al llegar. Si bien su instinto había quedado cegado por su atracción hacia el joven duque no quería que los posibles negocios de su padre se vieran empañados por lo ocurrido. Si bien era cierto que advertir del talante de Henry podría ser de ayuda quiso que esos asuntos los resolvieran entre caballeros.

—Querida, ¿ha ocurrido algo esta tarde? Te noto mucho más pálida de lo habitual.

—No, padre. Todo ha ido bien —mintió ella con descaro pero sin que su padre lo supiera — Nos hemos reunido cinco jóvenes para tomar el té. Nada inusual.

—Nunca descuides a tus amistades, querida. Puede parecer una tarde frívola pero con el tiempo se aprende a atesorar a las personas que comparten tu camino.

—Hoy ha sido una tarde bastante reveladora— afirmó ella recordando a Henry.

—¿Alguna cosa que tu viejo padre deba saber?

—No le tenía por chismoso, viejo duque —dijo ella entre risas para tratar de aplacar el tema. No quería que su padre siguiera husmeando en lo sucedido porque ella terminaría por romper sus barreras y confesar todo.

—En absoluto. Confieso que los entresijos de salón y las confidencias de las damas solteras no son de incumbencia de los caballeros.

—¿Qué le hace pensar que hemos conversado sobre ello?

—¿Acaso no ha sido así? No conoceré en demasía la mente de las jóvenes pero conviví con tus hermanas durante demasiados años y no había reunión social en la que no saliera a relucir el desastre de elección de colores de cierta dama durante la temporada o el apellido del soltero más pudiente de Inglaterra.

—No yerra en su afirmación, padre. Si me lo permite, me gustaría retirarme. Estoy bastante

cansada.

— ¿Sin cenar? Eso no lo puedo permitir —dijo alarma su padre pues no era propio de la joven saltarse una de las comidas y menos, desde que se encontraban los dos solos en la casa — No desearía que desfallecieras en mitad de la noche.

—A nadie le ha pasado nada por no cenar una noche. Además, pensé que disfrutaría de la tranquilidad.

—Tú no eres ninguna molestia, hija mía. Al contrario, iluminas mis días como nadie más.

—Gracias, padre. Que descanse bien.

Se despidió de su padre y se dirigió hacia su habitación. Las palabras de su padre le habían emocionado y se sentía afortunada por tenerlo a su lado. Puede que Dios se hubiera llevado a su madre antes de lo previsto pero atesoraba a su padre y tenía el propósito firme de cuidarlo.

Deseaba acostarse lo antes posible para olvidar todo cuanto había vivido ese día mas sabía que resultaría imposible. Había entregado su corazón por completo y ahora se encontraba fragmentado. Y en el silencio de su habitación rompió a llorar de nuevo.



Rosalind no durmió nada aquella noche. No dejó de pensar en lo mucho que había cambiado su vida desde el pasado veinticuatro de diciembre. Apenas habían pasado quince días pero, para ella, había sido una vida completa. Le había dado tiempo a estar sola, conocer a un hombre, sentir cosas por él, a besarlo y dejar que amara parte de su cuerpo, a recibir una promesa de matrimonio y a ser traicionada. Demasiadas cosas.

Pero esa noche se había hecho una promesa mucho más fuerte que el dolor que sentía en el pecho. Una promesa a sí misma que pretendía cambiarlo todo. Nunca más se dejaría encandilar por un hombre.

Bajó a desayunar con unas nuevas barreras erigidas alrededor de su corazón. Se había convencido a sí misma que mostrar poder y fuerza era la mejor forma de superarlo. Se centraría en sus obligaciones en la casa para lograr distraerse. Omitir el tema de conversación tampoco sería problema porque nadie conocía su relación ni estaban interesados en hablar de ello. Solo era cuestión de tiempo que esa fachada de fortaleza se convirtiera en algo real y comenzara a sentirse mejor.

Ese día transcurrió sin la menor muesa en el eje. Todo seguía su curso sin desviación. Sin embargo, a la hora de la cena se vieron interrumpidos por una inesperada visita.

Rosalind y su padre estaban cenando cuando uno de los miembros del servicio avisó de la llegada de Henry Dorset. Rosalind, al escuchar ese nombre, cerró su mano en un puño y agarró con fuerza la tela de su falda. No quería verlo. No en ese instante. Y cuando la figura del caballero apareció en la sala lo sintió: no estaba preparada. Todas las palabras de ánimo que había empleado para tratar de salir del pozo en el que sentía que estaba su corazón habían sido en vano.

—Señor Dorset, qué inesperada visita —dijo el señor de la casa mientras se limpiaba la comisura de los labios.

—Lamento profundamente la intromisión, mi buen amigo. Pero no deseaba esperar hasta la mañana para anunciar mi regreso al condado —dijo el joven tratando de llamar la atención Rosalind quien no levantaba la mirada de su plato. ¿Por qué no le miraba?

—Nadie se alegra más que yo de su regreso, de eso puede estar seguro, pero siento que no es la

hora adecuada para una visita. Mi hija y yo estábamos cenando.

—Sí, por supuesto. He sido grosero al presentarme a una hora tan tardía y sin previo aviso. Discúlpeme, querido amigo. —Él repitió su disculpa una y otra vez.

— ¿Desea que le prepare la habitación que estuvo ocupando hace algunas semanas?

—No hará falta. He arrendado una propiedad no muy lejos de aquí.

—Grandes noticias, sin duda. Aunque espero que no sintiera ninguna prisa por abandonar mi residencia. Odiaría pensar que se sintió obligado a marcharse.

—No, todo lo contrario —trató de justificarse el joven dando vueltas una y otra vez a su sombrero — No puedo estar más agradecido por su hospitalidad. Pude sentirme como en casa.

—Estupendo. Pues si no le importa, nos encantaría retomar la cena salvo que desee acompañarnos.

—Me gustaría que su hija decida —dijo Henry como último recurso obligando así a la joven a participar de la conversación. Era su última oportunidad. Se sentía contrariado con el comportamiento de Rosalind.

—Creo que está en lo cierto, Lord Dorset, no es la mejor hora para una visita.

CAPÍTULO *once*

El joven heredero se despidió del duque y su hija y se retiró a su nueva propiedad totalmente perplejo. ¿Qué había pasado en aquel comedor? Henry no daba crédito a las toscas palabras de la joven de la que estaba profundamente enamorado. No solo habían sido sus palabras las que le habían dolido sino que fue el brillo en sus ojos el que le hizo temblar. No era el intenso color miel que le había embrujado semanas atrás. Ni el mismo fulgor que le había atrapado. Había algo incandescente y decisivo. Algo intenso y fulminante. Era rabia. Mucha. Demasiada.

¿A qué se debía toda esa rabia? ¿Por qué hacia él? Era evidente que no se sentía cómoda con su visita y en verdad él había pensado si acudir o no era algo temerario pero no estaba dispuesto a pasar una sola noche más alejada de ella. Le había echado tanto de menos que los sueños en los que ella regresaba secretamente a él no le hacían justicia. Todavía podía recordar la suavidad de su piel, la fuerza de su agarre, la sensualidad de sus labios y el calor de su contacto.

¿Acaso ella no lo recordaba? ¿Acaso se había ausentado durante tanto tiempo que se había apagado la llama de su amor? ¿No le dejó claro sus intenciones aquella noche? ¿Qué había provocado semejante cambio? ¿Por qué sentía que ese amor había dejado paso a algo oscuro? ¿Ya no le amaba?

Las preguntas carcomían su cabeza y no le permitieron encontrar descanso pero prometió que, al día siguiente, acudiría a la casa del duque en busca de respuestas. Necesitaba saber a qué se debía ese cambio en ella.



A la mañana siguiente, Henry despertó por primera vez en su nueva residencia. La había alquilado apenas unos días antes gracias a las recomendaciones de un pariente pero todavía no estaba familiarizado con ella. Había pedido, expresamente, que la casa estuviera lo más cerca posible de la del duque. Cuando le preguntaron el motivo él alegó que era para estar cerca de su socio comercial y que eso facilitaría los trámites y las relaciones pero, en secreto, él tenía una motivación muy diferente que todavía no podía hacer pública. Quería que fuera su futura residencia familiar y que la joven Rosalind siempre estuviera cerca de su casa y de su padre, el duque. Sabía que se le partiría el corazón a la joven si abandonaba a su padre por completo tras el enlace y así, se garantizaban la compañía de vecinos y una mayor frecuencia en las visitas.

Era temprano y con el gélido frío de la mañana montó a su caballo. Recorrió al galope las escasas tres millas que separaban las propiedades. Cerca de diez minutos más tarde, Henry desmontó cerca de las lindes de la propiedad del duque. Se castigó a sí mismo por su estupidez. Era demasiado temprano y era posible que Rosalind todavía no se hubiera despertado. Además, pensó en que era una necedad pedir una audiencia con ella sin levantar sospechas. Su necesidad de verla le había vuelto impulsivo. Su plan no era el adecuado así que, durante las siguientes cuatro horas y combatiendo como pudo el frío, Henry esperó.

Cuando creyó que era el momento adecuado salió a la carrera sin embargo, frenó en seco a su buen amigo cuando divisó la figura de una joven caminando hacia la alameda. Era Rosalind. El destino le estaba entregando su oportunidad.

—Rosalind —gritó mientras se acercaba para que ella no se alarmara al escuchar los cascos acercarse. La joven se giró al escuchar su nombre pero tan pronto como advirtió que era Henry se puso nerviosa y continuó su camino — Rosalind, por favor, espere.

Henry desmontó del caballo y se aproximó rápido hasta ella. Rosalind no detuvo su caminar sino que continuó hacia delante como si el joven no estuviera allí.

— ¿Puedo saber por qué me rehúye? —preguntó él expectante mientras caminaba detrás de ella para no entorpecer — Rosalind, por favor. ¿Podría detenerse?

Ella no contestó. Estaba tomando las fuerzas necesarias para ser dura y mostrarse impasible.

— Por favor, Rosalind. Necesito hablar con usted. Por favor —suplicó de nuevo. Cansado de no recibir una respuesta y que le ignorara se adelantó a la joven y se plantó delante interrumpiendo su huida. Buscó su mirada y cuando por fin se encontraron le dio miedo lo que vio.

— ¿Qué puedo hacer por usted, Lord Dorset? Me gustaría continuar mi paseo matinal con tranquilidad, si no le importa —dijo ella con total frialdad.

— ¿Qué le ocurre? No comprendo su actitud.

La frustración de Henry se acrecentaba a cada latido de su corazón. Nada tenía sentido.

—No tiene que entender nada, señor —Rosalind respondió con tono rudo y dio varios pasos para sobrepasar el cuerpo del duque y continuar su paseo.

—Espere, espere. Algo ha tenido que ocurrir. ¿Se ha enfadado conmigo por mi ausencia? Se que han sido más de los deseados pero he regreso tan pronto como he podido.

—Oh, por supuesto. No se preocupe. Los días que ha estado fuera me han permitido tener perspectiva sobre todo lo que ocurrió entre nosotros.

— ¿Perspectiva? ¿A qué se refiere?

—A que como bien anticipó: era una verdadera insensatez apresurar todo.

—No quise decir eso o al menos, no con ese sentido. ¿Qué ha ocurrido? No le abandoné, Rosalind, le hice una promesa—declaró él tratando de que la joven recobrara el recuerdo de lo que habían vivido.

—Una promesa vacía y falsa.

—No, no lo era. Por supuesto que no lo era.

Henry estaba desesperado. Ella no se detenía y solo decía cosas sin sentido. Podía sentir el dolor y el resquemor de algo muy poderoso en su voz pero si ella no se abría para conversar con él no podría saber cómo arreglarlo. ¿Qué había ocurrido para que le odiara de esa forma cuando el mayor recuerdo que atesoraba de su último encuentro había sido un cálido beso?

— ¿Qué sentido podría tener una promesa cuando se pronuncia tan a la ligera o con tanta frecuencia?

— ¿Frecuencia? —Henry hizo esta pregunta temiendo lo peor. En ese instante, las piezas comenzaron a encajar y lo comprendió todo. Ahora sabía a qué se refería y sintió que moría por dentro.

—Verá, señor Dorset, le haré una sola pregunta y deseo que sea completamente directo pues no dispongo de todo el tiempo y ya estoy temiendo un dolor de cabeza.

—Dígame.

— ¿Estaba usted prometido a otra joven la misma noche en que me confesó sus sentimientos y me hizo una propuesta de matrimonio?

Henry se quedó helado.

Cada músculo de su cuerpo se paralizó y entonces, Rosalind recibió su respuesta. No necesitaba palabras. Su reacción lo había dicho todo. La ausencia de una negativa confirmaba la acusación.

Ella no esperó más. No quería tener a ese hombre por más tiempo delante. Necesitaba marcharse antes de derrumbarse pues sentía que las barreras que había logrado levantar se estaban desmoronando al verlo de nuevo. Se dio media vuelta de camino de regreso a casa.

—Espere, por favor, déjeme que le explique todo lo sucedido. Comprenderá que...

—Yo no tengo que comprender nada. Era un hecho de vital importancia que olvidó comentar en ese instante.

Ella respiraba agitada. Sus puños estaban cerrados y su rostro desencajado. Henry sintió que en verdad era el peor hombre del mundo. ¿Cuándo lo había averiguado? ¿Hace cuantos días? Debíó de ser hace bastante porque una rabia así solo es producto de los días de reposo. Ahora solo le quedaba recorrer el camino que había decidido no tomar en su momento: el de la verdad.

—Sí, estaba prometido a otra mujer. No puedo negarlo pero...

—No lo puede negar porque lo he descubierto pero esa noche, después de besarme y hacerme sentir el cielo con los labios, no tuvo el valor de decirme la verdad. Me hizo creer que era especial para seducirme con sus palabras. ¿Estaba buscando el beneplácito del duque para afianzar sus relaciones comerciales?

— ¿Qué? ¿Cómo puede pensar eso de mí?

— ¿Y qué quiere que piense? Apenas le conozco y lo único que he descubierto de usted me ha dejado destrozada.

—Lo lamento de corazón, Rosalind. No hice esa promesa en vano, lo juro —trató de detenerla de nuevo para hacerle entender pero ella se resistía — Si me dejara contarle todo lo que está ocurriendo es posible que...

—Ya no soy Rosalind —replicó ella liberándose de su agarre — Para usted soy la señorita Bedford y me gustaría pedirle que se alejara de mí y olvidara todo cuanto hemos vivido.

— ¿Olvidarlo? Eso es imposible. Imposible. Se que parezco el villano y el más ruin de los hombres pero le juro que todo tiene una explicación y si me permite me gustaría compartirla con usted. Todo cuanto he hecho es por usted.

—No dejaré que me seduzca una segunda vez. Lo lamento pero no lo permitiré.

Y no dejó opción a súplica posible. Rosalind había cerrado completamente la puerta a Henry quien se quedó desolado en aquel lugar viendo cómo la figura de su amada se perdía de regreso por el camino principal. El mundo a su alrededor giraba a un ritmo que él no lograba comprender. Los recuerdos y sus esperanzas de futuro se agolpaban luchando las unas con las otras hasta terminar hechos añicos. ¿Qué había pasado? ¿Cómo sabía Rosalind todo lo relativo a su compromiso? Fuera como fuese lo había estropeado todo. Se maldijo a sí mismo por su mala fortuna y rompió a llorar.

¿Cómo podría seguir viviendo si su corazón había quedado pisoteado de esa forma?



Rosalind, por otro lado, sentía una mezcla de emociones imposibles de procesar. Se sentía pletórica por haber plantado cara a Henry. No quería demostrar debilidad. Conocía su fechoría y quería decírselo. Otra parte de ella se sentía completamente abatida y hundida por verlo de nuevo. Por las promesas rotas y los futuros truncados. Había puesto su corazón y sus esperanzas en él. ¡Qué caprichoso era el destino! ¿Por qué le hacía algo así si era buena persona?

El resto del día apenas pudo concentrarse en nada. Aunque había luchado con uñas y dientes contra Henry eso no le hacía sentirse mejor. Al contrario, estaba más hundida tras derrumbarse el

muro de su corazón.

Y con ese dolor en su corazón, Rosalind vio cómo transcurrían tres días más desde su intensa discusión con Henry en el que su ánimo no había mejorado mucho.

—Rosalind, querida, ¿estás por aquí? —preguntó el duque mientras ella terminaba de bordar un pequeño pañuelo con las iniciales de su padre.

—Sí, padre. ¿Qué desea?

—He recibido una carta del joven Dorset disculpándose de nuevo por su prolongada ausencia e invitándome a establecer vínculos comerciales con otro posible socio si así lo deseo.

— ¿Con otro socio? —preguntó recelosa. No podía creer como, después de todo, estaba dispuesto a renunciar a los negocios con su padre.

—Sí, es un inconveniente. No comprendo qué ha podido pasar pero me anuncia que ha decidido marcharse.

— ¿Regresa a casa?

—No, al parecer no tiene intención de volver a su residencia familiar junto al duque. No entra en detalles pero remarca que ha alquilado otra propiedad fuera de los límites del condado. No quiere que nos sintamos cohibidos por su presencia y prefiere estar más lejos. No comprendo muy bien su decisión.

¿Por qué no regresaba a casa junto a su padre? ¿Había abandonado la propiedad que dijo que arrendaría cerca? ¿Por qué rompía relaciones con mi padre? Todo eran preguntas y más preguntas y Rosalind se sentía cansada de todas ellas. Era su culpa por no haberle querido escuchar en su momento. Puede que Henry le hubiera reportado felicidad pero había sido tan fugaz como una estrella que finalmente muere.

—Me hubiera gustado despedirme de él y dejar en mejores términos nuestra relación profesional pero estoy seguro que tendrá sus razones. Es un hombre recto y estoy seguro que los motivos serán revelados. Hasta el momento, me gustaría anunciarte que mañana en la noche acudiremos a cenar a casa de los Spencer. Mi buen amigo quiere mostrarme un nuevo semental que ha adquirido y ya conoces la predisposición de la señora Spencer a cebarnos con su famoso cocido.

—Por supuesto, padre. Le acompañaré.

CAPÍTULO *doce*

Rosalind escogió un sencillo vestido azul para la cena en casa de los Spencer. Si todo quedaba dispuesto como de costumbre, les cenarían con los señores, los dos hijos del matrimonio y la hermana viuda de la señora Spencer.

La joven y su padre tomaron la calesa no sin antes abrigarse más de lo esperado pues la noche era gélida. Rosalind frotó las manos sobre sus guantes y rezó para que la señora Spencer tuviera avivado el fuego del comedor o sus invitados morirían congelados.

—Corran, corran —dijo la señora animando a que entraran lo antes posible a la casa — Esperemos que el fuego sea suficiente para hacerles entrar en calor. ¡Arthur, Arthur! Trae un brandy para el duque y un vino para la señorita Rosalind. Esperemos que no regresen enfermos a casa. Ya le dije al señor Spencer que era una idea disparatada el celebrar una velada teniendo en cuenta las circunstancias actuales pero él insistió. No sé cómo permití que...

Y su anfitriona siguió hablando durante más de seis minutos sin permitir que ninguna otra persona interviniera en su discurso. Conocía a la señora Spencer de toda la vida y sabía que su exceso de palabra no era algo intencionado. Era la forma que tenía de romper con el miedo que le causaba el inicio de una reunión social. Era algo habitual en ella. En cuanto se relajara, todo fluiría.

Para sorpresa de Rosalind había cuatro invitados más en la velada. El señor y la señora Wellington y el señor y la señora Churchill, todos conocidos del condado y amigos de su padre.

Rosalind se acercó a los hijos de sus anfitriones para poder entablar conversación con ellos. Encontraba la compañía del joven Spencer reconfortante. Era un joven animado, gallardo y sin un ápice de interés romántico en ella. Se conocían desde niños y estaba seguro de que albergaba fuertes sentimientos por su buena amiga Sophie pero como ninguno de los dos se atrevía a confesar sus afectos temía que esa agonía se mantendría para ambos hasta el fin de los tiempos.

—George, Eloise, es un placer veros.

—Nos alegra saber que podías venir —dijo el joven Spencer.

—Seguro que lograrás que esta velada sea menos agónica.

— ¡Eloise! ¿Cómo puedes decir algo así? —censuró el joven a su hermana. Ese comentario consiguió sacar una sonrisa a Rosalind quien admiraba en secreto el carácter tan extrovertido y despreocupado de su amiga.

—Ambos sabemos que estas cenas son tediosas y nuestros padres sólo hablan de negocios, el tiempo, política o caza. Nada interesante.

Rosalind se lanzó a los brazos de su amiga hasta estrecharla con fuerza. Eloise, aunque sorprendida, le devolvió el abrazo. No se habían visto desde el baile de Nochebuena en su casa y le echaba en falta. Mucho más en estos momentos en los que se sentía tan perdida.

—No puedes imaginar lo mucho que he echado de menos tu espontaneidad.

—En eso estoy de acuerdo. Siempre vives encorsetada y conteniendo tu esencia— evidenció la joven destacando parte del carácter de su amiga como si lo encontrara algo reprochable aunque Rosalind sabía que no era el caso —Es que no podríamos ser más distintas, ¿verdad George?

—No diré una palabra pues cualquier detalle lo aprovechará como arma para torturarme durante las siguientes semanas —dijo George levantando las manos en señal de rendición. Eloise y él eran mellizos y Rosalind siempre había envidiado su particular conexión. Eran capaces de discutir con intensidad y abrazarse instantes después.

—Puedes estar seguro, hermano. Es hora de que aprendas que las damas siempre tenemos la razón —dijo la joven mientras estrellaba un dedo en el pecho de su hermano.

—Ahora soy yo la que no quiere entrar en esta discusión —añadió Rosalind levantando también las manos y causando una risa generalizada en el grupo. Echaba de menos la locura que desprendían los hermanos Spencer y dio gracias por encontrarse allí. Eran un bálsamo.

La señora Spencer le indicó que se sentaran a la mesa tras tomar un refrigerio. La joven se situó frente a George y al lado de su buena amiga. Como era de esperar, la conversación general versó primero sobre el tiempo y cambió a política y negocios después.

—He escuchado que va a iniciar unos rentables negocios relacionados con el algodón, estimado duque— comentó el señor Churchill.

—Pues en verdad era cierto hasta hace apenas unos días. Me entristece comunicar que no es una oportunidad que vaya finalmente a explotar.

— ¿Podemos saber los motivos? —el señor Wellington se mostraba interesado en el asunto pues él también tenía negocios que proponerle al duque de Bedford.

—Apenas puedo dar detalles porque yo mismo no estoy al tanto de todos ellos pero el hijo del duque ha retirado su interés comercial y ha regresado.

— ¿Se refiere a Henry Dorset? ¿El hijo del duque de Dorset?

—En efecto, el mismo — el duque de Bedford se mostró ligeramente sorprendido porque el señor Wellington y el señor Churchill estuvieran al tanto de sus asuntos pero pensó que en esa comunidad apenas existían los secretos.

—Sí, escuché que estaba en el condado. Tengo entendido que el duque no se encuentra bien de salud.

—Pobre hombre, pobre hombre —dijo la señora Spencer.

—Con la fortuna que tiene a su alcance seguro que puede proveerse de un excelente médico que le ayude. Además, contará con el apoyo de su hijo.

—Eso podría dejarlo en duda —comentó de forma ligera el señor Churchill.

— ¿Qué quiere decir? —preguntó Rosalind curiosa. Había luchado durante toda la conversación por mantenerse al margen pero no lo había podido evitar.

—Al parecer el duque y su hijo han roto sus relaciones familiares. Se ha planteado incluso la posibilidad de retirarle el derecho de sucesión.

Todos dejaron los cubiertos en la mesa alarmados por dicho comentario. Hacía demasiado tiempo que no se veía un tema de sucesiones de tal calibre. Las señoras, por otro lado, estaban más interesadas en los pormenores familiares.

—Eso no es posible, ¿verdad? Además ¿cómo puede saber esos detalles? —preguntó el duque de Bedford con bastante reticencia.

—No han trascendido a la opinión pública, es evidente pues supondría un escándalo —comenzó a relatar el señor Churchill —. Pero el duque es íntimo amigo de mi hermano Robert, ambos comparten afición por la caza y se lo pudo comentar en su última cacería hace apenas dos semanas.

— ¿Y se sabe cuál es el motivo? —insistió Rosalind muriéndose de ganas de conocer la historia. ¿Qué había pasado? ¿Acaso habían discutido?

—No quiero ser tachado de chismoso, querido amigo. Bien sabe mi esposa que no es menester propio de los hombres compartir secretos de otro caballero.

—No puede abrir un tarro de miel y pretender que las moscas no vengán a posarse hambrientas —dijo entonces su esposa juzgándolo por su poca consideración — Debe contarnos.

—Al parecer la familia lleva años con rivalidades a raíz de una promesa que el duque hizo a uno

de sus buenos amigos, el marqués de Winchester.

En ese instante, el caballero centro de todas las miradas se tomó un instante para beber un largo trago de su copa de vino dejando a todos expectantes.

— ¡Señor Churchill cómo odio que haga esas pausas! ¡Cuéntenos ya! —exigió su esposa.

Todos los presentes se rieron ante la impaciencia de la señora de la casa. Era evidente que conocía el temperamento de su esposo y que, convivir con la forma tan pausada de narrar las cosas le desesperaba.

—Es lo último que digo o faltaré a mi honor como hombre. Según me contaron, el duque prometió a su hijo y heredero a la hija mayor del marqués de Winchester. Pero parece que la idea de matrimonio no ha congeniado con los intereses del joven Henry.

Allí estaba: la verdad que Rosalind necesitaba confirmar. Estaba prometido.

—Entonces, ¿Henry estaba prometido? — preguntó el duque de Dorset para confirmar. No estaba al tanto de la situación de su posible futuro socio ni de sus problemas familiares y justo en ese instante pensó que tampoco eran relevantes. Eso no medía el honor de un hombre para él. Daba más importancia a otras facetas del caballero.

—Aquí es donde se complican las cosas. Al parecer el mismísimo Henry acudió la semana pasada a casa de su padre para solicitarle que anulara el compromiso. El duque se negó y Henry no tuvo más remedio que renunciar a su título.

Todos los presentes enmudecieron y Rosalind, en particular, sintió que su corazón daba un vuelco. ¿Había solicitado la anulación del compromiso? ¿por eso se había marchado durante esas semanas? ¿en verdad había renunciado a su título de duque? No sabía qué pensar. Se sentía muy confusa. Era demasiada información.

— ¿Renunció al título? Es un escándalo. Un verdadero escándalo —juzgó la señora Spencer.

—Entonces, ¿su compromiso se ha anulado? —preguntó Rosalind con fuerzas renovadas brotando de su corazón. ¿Era eso lo que quería contarle? ¿que era libre?

—Eso creo. No solo ha roto las relaciones con su padre y el ducado sino que ha generado un tremendo malestar entre su padre y su buen amigo.

— ¡Qué horror! —gritó de nuevo la anfitriona. Era una mujer con tendencias dramáticas que tenía predilección por exagerar demasiado.

—No conozco demasiado al joven heredero pero me aventuraría a decir que tendría buenos motivos para atreverse a generar tales inconvenientes —añadió el duque de Bedford al salir en defensa del joven Dorset— No me dio la impresión de que fuera mala persona.

—No, no lo era —confirmó Rosalind agachando el rostro mientras derramaba una lágrima.

CAPÍTULO *trece*

Henry decidió cambiar de residencia tras su conversación con la joven Rosalind. Con el corazón roto y sin llegar a comprender del todo lo que había ocurrido no deseaba causar más pesar a la persona a la que tanto amaba. Pero, aunque le doliera la situación, él era el causante de todo ello. O al menos, en parte. No podía borrar de su corazón la sensación de que había destrozado su única oportunidad de ser feliz con la joven. Había roto su confianza.

Cuando cumplió los dieciséis años su padre le prometió en matrimonio a la hija de su mejor amigo. Un vínculo que habría resultado gratificante para ambas partes si hubieran existido sentimientos en común y si las transacciones comerciales no hubieran sido el nexo principal. Ninguno de los dos sentía afecto pero ambos se esforzaban para contentar a sus padres. Henry porque era el primogénito y Lauren porque debía asegurarse un matrimonio ventajoso puesto que no heredaría nada al ser mujer. Pero por muchas veladas y encuentros que compartieran no lograron despertar nada.

El duque le envió al sur para poder encargarse de algunas obligaciones del título tras fuertes discusiones con su hijo por el compromiso para que recapacitara pero, al llegar a la residencia del duque todo había cambiado. Enamorarse de la joven hija menor del socio de su padre fue la última pieza inesperada que desencadenaría el futuro que él siempre había deseado. Un matrimonio por amor. Hizo aquella promesa a la joven porque deseaba de todo corazón convertirla en su esposa mas el compromiso previo era un hecho y debía arreglar la situación. Sabía que no era un tema sencillo y como había previsto, la relación con su padre terminó por romperse. Cuando acudió a casa de la joven para disculparse por no poder hacer honor a su palabra ella le abrazó y le dio las gracias por tener la valentía de hacerlo por ellos.

Con el compromiso roto y el corazón plétórico por poder vivir feliz y libre junto a Rosalind regresó a su casa pero no esperó la reacción de la misma. Él había renunciado a todo por ella y sin embargo, algo había cambiado.

Henry lloró amargamente sobre su caballo mientras dedicaba horas y horas a cabalgar para liberar su frustración. ¿Cómo podría curarse un corazón herido? ¿Acaso existía una plegaria que lograra volver el tiempo atrás? No, se dijo que no era lo que quería. Pues aunque tuviera el corazón roto no renunciaría al hecho de haberse enamorado de sus dulces ojos color miel.

Habían pasado varios días desde que había discutido con Rosalind y no dejaba de sentirse culpable porque él había sido el causante de esa situación. Y lo peor es que Rosalind se había enterado por otras personas y no le había dejado la oportunidad de darle las explicaciones necesarias.

A la mañana siguiente, Henry salió a montar a caballo como de costumbre cuando una tormenta estalló. No era propio de esa estación del año y por ello había salido seguro de sí mismo al campo. En realidad, no le importó. No le importó empaparse. No le importó enfermar. No le importó apenas ser capaz de ver varios pasos por delante pues se fiaba de su caballo. Pero cuando los truenos fueron más intensos decidió regresar a casa.

Al entrar en la propiedad se dio cuenta de que había una figura en la escalinata de la puerta principal. No era capaz de distinguir quién era pero no había calesa alrededor así que había llegado a pie. Cuando estuvo más cerca advirtió que era Rosalind y no pudo aguardar para desmontar a su caballo y acercarse apresuradamente hasta ella.

¿Qué hacía allí?

—Por Dios Santo, Rosalind. Está empapada, ¿ha venido caminando? ¿Cómo se le ha ocurrido venir con esta terrible tormenta? Deberíamos entrar para que pueda desprenderse de esas prendas antes de enfermar —empezó a decir Henry realmente preocupado pero sin llegar a tocar a la joven. Quería asegurarse de que estaba en buen estado pero solo podía ver lo insensata que había sido y lo espléndida que se encontraba empapada por la lluvia.

Ambos se quedaron en silencio cuando Henry se dio cuenta de lo que había dicho. Le había pedido que entrara en su casa y que se quitara la ropa. Él imaginó que sus mejillas eran el reflejo de las de ella.

Simplemente se quedaron uno frente al otro mirándose con las respiraciones aceleradas. En un instante que pareció la eternidad para ambos se contemplaron llenos de vergüenza, dolor y arrepentimiento. Pero Henry también pudo ver una chispa de algo renacer en la mirada de ella. Encontró una calma muy diferente a la de su último encuentro.

—Puede que me odie en estos momentos pero le suplico que entre dentro para guarecernos de la lluvia y poder calentarnos. Sus prendas están empapadas. No deseo que caiga enferma, por favor, se lo suplico.

Fue precisamente la preocupación que destilaron las palabras del joven lo que terminó de insuflar la valentía que Rosalind necesitaba. Había ido allí por un motivo: deseaba recuperar a Henry tras procesar las revelaciones en casa del señor Spencer. Había pensado en ello durante días. Puede que él no hubiera obrado bien al ocultarle la verdad pero sabía que los sentimientos que tenía por ella eran auténticos al igual que los suyos. Al escuchar la verdad había decidido que no estaba dispuesta renunciar a su amor. Solo había sido una prueba que el Señor había puesto en su camino y que, aunque habían pasado un verdadero infierno, estaba segura que saldrían de ella. Necesitaba ver a Henry así que pidió las señas de su nueva residencia y acudió sin importarle que una terrible tormenta amenazara su paseo.

—Henry, lo siento —dijo ella dando unos pasos hacia delante para situarse más cerca sorprendiendo al joven— Lamento profundamente no haber confiado en usted. Lamento no haberle dado la oportunidad de explicarme todo cuanto había ocurrido.

—No, no, no, Rosalind. La culpa es únicamente mía. Fui yo el que no tuvo el valor de decirle que ya había contraído un compromiso previo con otra mujer.

—Pero no fue usted quien lo hizo. Su padre...

—Fuera quien fuese era un compromiso y usted tenía que saberlo—intervino Henry sintiéndose vulnerable y débil. Aquella diosa que tenía delante merecía toda la verdad aunque el final ya estuviera escrito para ambos—. Quiero decirle, con total sinceridad, que ningún sentimiento me unía a la dama en cuestión y que durante años traté de romper nuestro compromiso. La relación con mi padre se deterioró demasiado pero me estaba condenando a un matrimonio sin amor.

—Pero ha roto las relaciones con su padre—evidenció ella viendo la total sinceridad en sus ojos.

—Quiero que sepa que tan pronto como me di cuenta que estaba enamorado de usted me dirigí al norte para hablar con mi padre.

Y en ese instante, él dio un paso al frente para colocarse más cerca de la joven. Rosalind sentía cómo su cuerpo vibraba. Era uno de los momentos decisivos de su vida y esperaba que su madre le diera fuerzas para enfrentarlo con juicio y valor.

—De ahí su ausencia.

Él asintió corroborando las sospechas de la joven.

—No hay nada que sienta más que haberle hecho daño. Creí que podía resolver la situación y hacer honor a mi promesa con usted sin que se enterara de mi nefasta situación familiar pero es evidente que no actué con honor. el compromiso ha quedado disuelto. Lamento

que se enterara por otros medios. Me siento un verdadero cobarde por no afrontar la situación. — Nunca había visto el alma del joven como en ese preciso instante. Se estaba desnudando para ella. Entonces la vio. Una lágrima había brotado de uno de los ojos del joven y entonces supo, con total certeza, que estaba más que arrepentido.

—Pero lo hizo y yo no quise aceptar sus explicaciones.

—No le culpo por su reacción pero debe saber que hice esa promesa con el corazón en la mano. Le amaba —se corrigió a sí mismo — Le amo. Con todo mi corazón y siempre le amaré aunque yo mismo me haya encargado de separarnos.

—No puedo decir que conozca toda la historia y me encantaría escucharla algún día de sus labios pero lamento no haber confiado en su palabra.

Fue tras esas palabras cuando Henry sintió una gran calma. Ya no había dolor en la mirada de Rosalind. Ya no había rencor, no había malestar. Había incluso esperanza.

— ¿Sí? No puedo imaginar cómo los rumores han viajado tan rápido pero no hay secretos en este condado que guardar.

—Somos una comunidad muy pequeña y nos conocemos demasiado bien.

—Quiero que sepa, Rosalind, que he roto contacto con mi padre, renunciado a mi título y a todo por usted. No hay vida posible ni dichosa si usted no está en ella. Ojalá encuentre la fuerza para perdonarme y me permita estar en su vida.

—Yo...

—No quiero decir que acepte mi mano, por supuesto —se apresuró a decir pues no quería que ella se sintiera presionada de ninguna forma por sus palabras—. Se que mi error tiene consecuencias graves y el dolor que vi en sus ojos hace unos días era tan intenso y vívido que he renunciado a la posibilidad de nuestra unión.

—Henry, yo...

—Pero me gustaría permanecer a su lado, como su amigo, si me lo permite. Y si algún día decide contraer matrimonio con otro hombre, yo...

Rosalind no le dejó terminar. Ella no imaginaba una vida con otro hombre ni futuro sin él. Se lanzó a besar sus labios que tanto había añorado rompiendo así la escasa distancia que la tensión había instaurado entre ellos. Él le devolvió el gesto estrechando a la joven entre sus brazos para afianzar el beso.

Durante lo que pareció una eternidad se fundieron en un reencuentro intenso y lleno de pasión que solo evidenció lo mucho que se habían echado en falta y lo mucho que sus corazones se habían perdonado.

—Le suplico que me perdone, Rosalind, no pretendía hacerle daño y me siento el peor hombre por haberle hecho sufrir durante estos días. Ojalá pueda perdonarme —suplicó él tomando su rostro entre sus manos. Necesitaba sentir su perdón para recuperar parte de su alma.

—No hay nada que perdonar, al contrario, soy yo la que se siente arrepentida de mi poco tacto. Debí esperar su explicación y no juzgar sus actos sin saber toda la verdad.

—Quiero decirle, señorita, que jamás he encontrado a una mujer tan cariñosa, valiente, inteligente y hermosa como usted. Quiero reiterar la promesa que le hice a medianoche. Usted es todo cuanto pienso, todo lo que mi corazón desea y todo cuanto mi futuro ambiciona. No importa el ducado, no importa la fortuna, no importan los reproches de la sociedad. Podré soportar todo el repudio social si usted está conmigo. No hay nada que desee más que pueda aceptarme como su esposo.

Ella sonrió con el corazón brillando pues todo había quedado aclarado y el perdón era lo único en lo que podía pensar. Rosalind se había equivocado en una cosa: Henry sí que era el

regalo de Navidad de su madre. Miró al cielo, le dio las gracias en silencio a su madre y le dedicó al joven una sonrisa tan cálida que el temblor de su cuerpo por el frío desapareció. Miró en su corazón y supo qué contestar.

—Yo le acompañaré en cada aventura que decida seguir, Henry, porque ni su título ni las personas que juzguen nuestra decisión importarán si usted es mi esposo.

—Entonces, ¿me perdona?

—Solo si vuelve a ser mío —añadió ella con rapidez y una sonrisa pícara.

—Nunca dejé de serlo.

Nota de autora

Hacía mucho tiempo que deseaba explorar un nuevo enfoque en mi escritura. Aventurarme en novelas más cortas en las que el romance quede condensado y además, sumarle la ambientación navideña. Espero que hayas disfrutado de esta historia y que haya calentado tu corazoncito en estas fechas tan emotivas.

Si te ha gustado la obra me encantaría que pudieras dejar una reseña en la página de Amazon. Esto me ayudaría a llegar a nuevos lectores y seguir creando nuevas historias para vosotras.

No olvides que puedes seguirme en mis redes sociales:

Instagram @littleredread

Twitter @littleredread

Facebook: Little Red

Página web: www.patriciagarciaferrer.com

Un regalo para ti

Quiero darte las gracias por formar parte de esta maravillosa aventura que estoy viviendo a través de la escritura.

[Suscríbete ahora a la newsletter](#) más romántica y recibirás en tu email el relato “Middleton” totalmente gratis.



Otras publicaciones

Cartas a Middleton (Middleton #1)

La trilogía que ha cautivado a miles de lectoras en todo el mundo.

Comienza la temporada social en Middleton y todas las miradas están puestas en Margaret Westworth, una de las solteras más codiciadas del condado. Después de años de bailes, de ser objeto de rumores entre los habitantes del condado y de rechazar a pretendientes muy bien posicionados, su familia ha perdido la esperanza. Lo que la mayoría de los vecinos de Middleton desconocen es que, posiblemente, sea la única joven que no esté deseando casarse y formar una familia. Al menos, eso piensa Margaret hasta que el caballero William Bright se cruza en su camino.

William Bright reúne todas las cualidades que Margaret detesta en un hombre: es pretencioso, engreído y mujeriego. Aún así, desde el primer instante en que se ven, Margaret queda atrapada en la red de los enigmáticos ojos de Bright, lo que le llevará a vivir un romance apasionado y provocará que dude entre lo que su mente le indica que está bien y lo que su cuerpo anhela.

[COMPRAR EN DIGITAL](#)

La rosa de Middleton (Middleton #2)

Grace Westworth ha disfrutado toda una vida libre de preocupaciones y sin responsabilidades hasta que su hermana mayor, Margaret, contrae matrimonio, convirtiéndola así en la soltera de oro de la temporada. Grace posee dos de las cualidades admirables en una joven de la sociedad: belleza y fortuna. Por supuesto, está dispuesta a aceptar las atenciones de un buen caballero, soñando con vivir un romance intenso como los que tantas veces ha leído en sus novelas. Un romance que le haga perder la razón por completo.

El destino será caprichoso y Grace pronto descubrirá que el amor no es tan sencillo de alcanzar y que, al mismo tiempo, puede encontrarse en el momento menos preciso con la persona menos oportuna.

¿Serán capaces ambos de dejar atrás los demonios de su pasado para permitirse vivir lo que realmente sienten?

[COMPRAR EN DIGITAL](#)

Escándalo en Middleton (Middleton #3)

La luz vuelve a brillar en los ojos de Rose Westworth con el regreso de la temporada social a Middleton y, con ella, la posibilidad de encontrar un buen marido. Rose siempre ha soñado con encontrar a un hombre que le haga vibrar de emoción. Sin embargo, los pensamientos de la joven se verán muy distraídos tras una inesperada noticia en su ámbito familiar.

Rose nunca se ha interesado por los negocios hasta que Frank Muller, el nuevo socio de su padre, aparece juzgando su despreocupado estilo de vida. Rose hará todo lo que esté en su mano para demostrar al mundo que Frank no es un hombre perfecto al mismo tiempo que intenta por todos los medios no caer rendida a sus pies.

Dos polos opuestos que chocarán una y otra vez para vivir una apasionante historia llena de pasión, tensión y muchos, muchos rumores.

[COMPRAR EN DIGITAL](#)

Te robaré el corazón

¿Qué ocurriría si tu destino y tu felicidad dependieran de tu mayor rival?

Gwendoline Williams, la heredera de un adinerado marino retirado, tiene que sobrevivir a los constantes intentos de su madre de encontrar un pretendiente para ella mientras Londres busca sin descanso a un escurridizo ladrón que desvalija las fortunas de las familias pudientes y que ha trabajado con impunidad durante años.

Gabriel Wood es todo lo que Gwendoline no espera encontrar en el amor pero justo lo que necesita para que su corazón comience a arder con intensidad. Un reto, un placer oculto. Y un ladrón experto.

Un amor que traspasa las fronteras de la rivalidad hasta llegar al puerto.

[COMPRAR EN DIGITAL](#)

La inocencia de Lady Charlotte (Serie Cavendish #1)

Lady Charlotte Cavendish está decidida a empezar una nueva vida lejos de las obligaciones asociadas a su título y a un matrimonio concertado que nunca deseó hasta que un accidente a caballo trunca sus planes de huida. ¿O tal vez no? Charlotte será rescatada por un joven jinete que le ofrecerá la oportunidad de vivir en la propiedad del duque de Wellington.

Alejada de su familia, y desprovista de cualquier habilidad para trabajar en el campo, la joven tendrá que esforzarse para encontrar su sitio y a sí misma en ese nuevo mundo mientras descubre el poder de la amistad, los sentimientos y la pasión ardiente por primera vez.

Una carrera a caballo será el pistoletazo de salida de una inesperada y apasionante aventura para Charlotte.

[COMPRAR EN DIGITAL](#)

La picardía de Lady Susan (Serie Cavendish #2)

Susan Cavendish encarna todas las cualidades reprochables en una dama: es insolente, imprudente, impulsiva, caprichosa... Y todo aquello que una suegra no desea para el bienestar de su hijo. Sin embargo, y por encima de todas las cosas, es decidida y está comprometida. Comprometida a que esta sea la mejor de las temporadas sociales para ella.

Susan no desea un matrimonio por conveniencia; ni un título. Ella busca otro tipo de entretenimientos más placenteros en su futuro esposo, y estará dispuesta a todo para descubrir lo que se esconde tras la palabra pasión, aunque eso suponga aceptar una peculiar propuesta.

Benjamin Collins tiene un temperamento que desespera a Susan; unos ojos de color verde esmeralda que la atrapan y seducen; y una gran predisposición a satisfacer su curiosidad. ¿Cómo podrá mantenerse alejada cuando reconozca que solo él está presente en sus sueños?

Juntos caerán en un juego de pasión, deseo y satisfacción que los llevará a convertir su enemistad en una emocionante historia de amor, llena de secretos y encuentros furtivos y apasionados.

[COMPRAR EN DIGITAL](#)

El encanto de Lady Heather (Serie Cavendish #3)

Heather Cavendish es una persona tímida. Una virtuosa del piano con tendencia al aislamiento social, pero, ante todo, es una joven encantadora que ha renunciado a la idea de ser feliz. Enamorada desde la infancia de Alfred York, el mejor amigo de su hermana Susan y heredero al título de duque, ha vivido durante toda su vida bajo la sombra de sus hermanas, con pocas pretensiones y el sentimiento de que nunca podrá llegar a alcanzar la plenitud puesto que no conseguirá casarse con el dueño de su corazón.

Alfred, por otro lado, es un joven inteligente, introvertido y abnegado hijo que hará todo lo posible para demostrarle a la joven Cavendish que su corazón le pertenece, aunque eso suponga lidiar con los deseos de su propia madre y el camino que esta tiene trazado para él.

Sin embargo, el destino tiene formas curiosas de jugar con el corazón de dos enamorados y Heather pronto descubrirá que su determinación de no casarse puede verse truncada cuando los sentimientos de Alfred y los suyos estallen.

¿Podrá el amor luchar contra las adversidades sociales y la timidez? ¿Podrán estos dos enamorados vivir al fin su tierno romance?

[COMPRAR EN DIGITAL](#)

La indomable Lady Violet (Serie Cavendish #4)

Lady Violet es siempre sinónimo de escándalo. Una joven caprichosa, impulsiva y temeraria, cualidades poco distinguidas para una dama en busca de pretendiente. Pero eso a ella no le importa en lo más mínimo, pues lo único que desea es volver a ver los profundos ojos azules que la hicieron vibrar en la boda de su hermana.

El capitán Malcolm Williams es serio, tosco y malhumorado. Regresa a tierra firme sin saber que su destino quedará anclado a la joven sirena que lo embelesó meses atrás.

Un momento de imprudencia unirá para siempre las vidas de dos personas totalmente opuestas: una, apasionada por los bailes de salón y la frivolidad propia de la alta sociedad, y otra, enamorada del mar y su libertad.

Una historia llena de sentimientos, pasión desenfrenada, dilemas que resolver y dos caracteres opuestos chocando entre sí como una tormenta en alta mar.

¿Podrá el amor ayudarles a resolver sus diferencias mientras superan las dificultades de un matrimonio inesperado?

Déjate embaucar por el amor que se enfrentó al poder del océano.

[COMPRAR EN DIGITAL](#)